

era seguida con mucha expectativa por los militantes de las distintas organizaciones participantes.

La presencia de Amorín, además de levantarnos el ánimo por las noticias que nos trajo, lo hizo por la calidez de su contacto. Los tres que veníamos del GEL nos manteníamos naturalmente unidos, en una comunidad que ya existía previamente a nuestra detención. Pero un *compañero* al que no conocíamos personalmente y que además pertenecía a una organización distinta, con el que sin embargo nos sentíamos plenamente identificados en una lucha que nos abarcaba a todos, fue un factor que contribuyó fuertemente a nuestra ligazón emotiva y racional con el proceso que se estaba desarrollando más allá de los muros.

Pocos días pasó en Olmos Amorín. La última vez que lo vi, alguien se agregó al grupo de los cuatro. Un "buchón" de mi pabellón se nos pegó en el patio de recreo. Vargas me había sido cordialmente presentado por el "limpieza" del pabellón y manifestaba fuerte interés en nosotros y en los objetivos de nuestra lucha. Yo no era particularmente sagaz para reconocer a los soplones y al principio le creí. Con la colaboración del "limpieza", manteníamos un activo intercambio de esquelas, aparte de conversar en el patio de recreo. Pero las advertencias que nos hicieron otros presos, sumadas al empeño puesto por el "limpieza" en facilitar ese contacto, más lo sospechoso que resultaba el repentino interés político en un hombre que nunca había manifestado inclinaciones sociales, nos convencieron de que el tipo jugaba para la policía. En cuanto a esas advertencias de otros presos, algunas eran, por así decirlo, desinteresadas, o interesadas por el odio al enemigo común. Otras se debían a que existían entre los presos varias *rosca*s que colaboraban con la policía, ocurriendo que se delataran las unas a las otras. Sobre Vargas recibimos avisos de los dos tipos de fuentes.

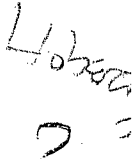
Decidí no salir al recreo al día siguiente. No estando yo, Vargas no tendría excusa para pegarse a los otros tres. Pero lo

principal era mandarle a la policía, a través de su soplón, un mensaje falso acerca de Amorín. Inmediatamente después del recreo al que no asistí, y extrañado de que yo despreciara esa oportunidad de contacto, Vargas me envió una esquela interrogativa. Le contesté con otra esquela en la que le decía que no me interesaba hablar con Amorín porque me había dado cuenta de que era un charlatán que en la calle no hacía nada serio y sólo se consumía en verborragia patriótica en el patio de una cárcel.

No sé si con mi jugada habré contribuido en algo. De hecho, no hubo más recreos con Amorín, porque al día siguiente fue sobreseído en su causa y puesto en libertad, pero esto estuvo condicionado por la cuestión legal. A Amorín lo volví a encontrar recién veintisiete años después en el Congreso de la Nación". (Carlos Flaskamp, Noviembre 2004).

Inexperiencia, autoritarismo y despecho...

Quando en capítulo referido a la Iglesia Montonera me referí al rol de Firmenich en el traslado del Negro y a las penitencias aplicadas a los compañeros acusados de herejía, fui irónico. Sin embargo, no pretendo, con mi fácil ironía, cargar las tintas sobre Firmenich y sus pares en la conducción nacional, entre quienes figuraron cuadros políticos sensatos y grandes amigos como Carlos Hobert quien, emboscado por el ejército, murió en combate a mediados del '76. Hobert, como veremos más adelante, fue la excepción en el seno de una conducción caracterizada por su necedad y su ombliguismo. Fue la voz lúcida y razonable. Fue el oído siempre abierto a las críticas y las propuestas de los compañeros que participaban en los niveles intermedios de conducción y en la dirección de los frentes de masas. Para ellos, mientras vivió, fue la máxima conducción *real* de la Organización. Hobert, Leandro, Diego, siempre Pingulli: cuánta buena memoria se acabó con tu muerte.



Los compañeros de la conducción nacional, digo, con todos sus defectos, no fueron el enemigo. Aunque, con sus erróneas decisiones a partir de 1973, contribuyeron a su victoria. Quiero explicarme, y explicar, qué circunstancias los llevaron al error y, del error, a la tragedia.

Creo que estaban preparados para dirigir un pequeño grupo y, luego del astronómico crecimiento de Montoneros en apenas tres años, se vieron superados por su falta de experiencia política y por sus carencias teóricas. Rechazados por Perón (una injusticia, desde su punto de vista, el cual yo compartía, pero en política hay otras consideraciones y es obligación de quien conduce tenerlas en cuenta) luego de la masacre de Ezeiza —en la cual la conducción nacional montonera tuvo cierta responsabilidad por omisión³⁷— experimentaron el desamparo de un hijo abandonado y reaccionaron con despecho.

En realidad, Perón era la conducción política, el estratega. Montoneros, desde nuestro lugar, las formaciones especiales, y la juventud peronista en sus diversas expresiones (JP, JUP, JTP), habíamos aportado y éramos parte de la estrategia de Perón con quien no teníamos diferencias político-ideológicas sustanciales. Nos separaban dos generaciones. Lo cual no era moco de pavo: cuarenta años modifican los modos culturales y no era fácil que nos pusiéramos en el lugar del otro. Nosotros por pendejos y él por viejo. En todo caso, las diferencias "ideológicas" no eran mayores a las que teníamos entre noso-

³⁷ La conducción montonera fue a Ezeiza para hacer una demostración de fuerza popular. Para mostrar a Perón la capacidad de movilización y, en consecuencia, el apoyo popular que tenía Montoneros. No estaba en el ánimo de Montoneros un enfrentamiento armado, y mucho menos frente a las narices del Viejo. Pero sí estaban al tanto de que el palco, desde el cual iba a hablar Perón, había sido tomado por un grupo armado perteneciente a la "derecha delincencial". No haber prevenido o abortado la posibilidad de que nos destrozaran a balazos, fue un pecado de omisión, cuyas causas se explican más adelante (ver el ítem "Ezeiza").

Yis
Ezeiza

M.F.
C.C.
K.M.

Los mismos. No cierto es que la conducción montonera de 1973, aislada en la cúspide de una pirámide de militantes rigidamente estructurada y signada por un autoritarismo fundado en las necesidades disciplinarias de la guerra —lo cual los aislaba, a su vez, de participar en el quehacer político y los alejaba del pueblo real, de sus necesidades y sus deseos— tenía la responsabilidad de guiar un sector del movimiento peronista que nucleaba decenas de miles de activistas cuya inmensa mayoría no realizaba ni estaba preparada para realizar acciones armadas. Esa inmensa mayoría hacía trabajo político. Y la conducción montonera, frente a esta responsabilidad, sin experiencia política y destutelada por Perón —quien tal vez no esperaba de su parte el despecho sino la humildad o, llegado el caso, cierta capacidad política y la consiguiente disposición para negociar—, ante el desamparo y la tolvenera de sus contradicciones se refugió en sus prejuicios ideológicos, en pretéritas convicciones morales, en muchas páginas —demasiadas tal vez—, leídas hacía tiempo. Aunque no siempre bien interpretadas.

La ideología de las Fuerzas Armadas Revolucionarias...

¿A qué me refiero cuando hablo de prejuicios ideológicos, convicciones morales y páginas no siempre bien interpretadas? En principio me refiero a la ideología de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en la cual el pensamiento guevarista, el foquismo y el vanguardismo, sumados a una heterodoxa mezcla de conceptos referidos al "partido revolucionario" de carácter leninista y a la "guerra prolongada y ejército popular" promovidos por los maoístas y los vietnamitas, tenían un lugar prioritario. Con estas palabras no pretendo, en lo más mínimo, desmerecer el pensamiento de las Fuerzas Armadas Revolu-

P 198
1973

Las FAR
como factores
de guerra

ESTÁ en el
Documento
Feb 72
datos de FAR

Perón
LEONIS MIS MEND
N. MENDO 09/23

cionarias. Al contrario: creo que haber sintetizado los conceptos antedichos en una "teoría revolucionaria" que, a su vez, contemplaba la existencia del peronismo, no como competencia contrarrevolucionaria —tal cual era la idea del Ejército Revolucionario del Pueblo y de las Fuerzas Armadas de Liberación, las dos principales organizaciones armadas de la izquierda marxista— sino como movimiento de masas representativo de los intereses de la clase obrera argentina, constituyó un lúcido y trabajoso esfuerzo intelectual. Aunque, desde mi punto de vista, fuera erróneo.

El guevarismo pretendía definir lo político a través de las acciones armadas, creía que el poder surgía de la práctica militar y no de la lucha política. "De la boca del fusil", como dijo Firmenich en septiembre del '73, apenas minutos después de que Perón le propusiera un benevolente y beneficioso armisticio cuyos detalles se especifican más adelante. El guevarismo (como Firmenich sobreactuaba en ese momento), subordinaba lo político —la organización del pueblo, las acciones de masas, la negociación, los consensos y las alianzas— a lo militar. No sólo a los hechos militares que, de acuerdo a las circunstancias, podían pasar a un lugar secundario, sino a la organización de la estructura militar. Una estructura militar clandestina que privilegiaba la existencia de una militancia homogénea en su solidez ideológica y, por lo tanto, raquítea-en-lo-numérico. Lo cual se daba de patadas con la organización popular, heterogénea y anárquica por definición. Las FAR se integraron con compañeros de la juventud que provenía de la izquierda antiperonista en general y del partido comunista en particular, del cual se habían alejado en diferentes momentos y, entre otras circunstancias, por el concepto de "coexistencia pacífica" promovido por la Unión Soviética e impulsado por el Partido Comunista Argentino. La revolución cubana así como los intentos revolucionarios continentales del Che y su martirio, fueron una experiencia determinante para su futura práctica político-militar. Reivindicaban, en consecuencia, un guevarismo acrítico. Al mismo tiempo que, más allá de revalorar la

SEP 75

Part de 129.

E 50

Perón
en
SEP
73
Mendo

lucha popular peronista, carecían de experiencia respecto del peronismo real, del peronismo como un conjunto heterogéneo —contradictorio y fragmentado, policlasista y multigeneracional—, del peronismo como un movimiento (se mueve, avanza, retrocede, se desvía, cambia) con mitos comunes, algunos intereses en común y un consenso: delegar la estrategia del movimiento en su líder.

La Nueva Izquierda: los antecedentes políticos de las Far...

Desde el punto de vista histórico, el camino que recorrió las FAR se ensambla con el surgimiento de una corriente política ideológica —la cual incluye múltiples expresiones políticas— que podríamos denominar como la nueva izquierda argentina. Esta corriente, sin abandonar al marxismo leninismo, incorporó una serie de valores nacionalistas e instrumentos de lucha que, por un lado, la alejaron de la izquierda tradicional y, por otro, enriquecieron su accionar. Y su pensamiento estratégico ya que, por primera vez en la historia de la izquierda argentina, se incorporó el tema del Poder. Pensar, y actuar, para tomar el poder. Hasta que nació la nueva izquierda, el Partido Comunista y el Socialismo —las organizaciones más "poderosas" de la izquierda argentina— se limitaban a exhibir una retórica revolucionaria que poco tenía que ver con políticas concretas las cuales, a su vez, se limitaban al adoctrinamiento, a lo reivindicativo y a lo testimonial. Sin desmedro de su incomprensión o rechazo de "lo popular" que, en términos políticos, se plasmó con su participación en la Unión Democrática de 1945 y en su colaboración con la Revolución Libertadora en 1955.

Si forzamos un poco la mano, podríamos remontar la historia de la nueva izquierda a los primeros '50 cuando una organización trotskista, Palabra Obrera, reconoció la existencia

del peronismo como movimiento representativo de la clase obrera, y acompañó —desde afuera o, para usar sus propios conceptos, en forma “entrista”— a la Resistencia Peronista, en particular, a sus sectores sindicales, hasta el fracaso de las huelgas generales y las tácticas insurreccionalistas de 1959. A partir de allí, el sector mayoritario de Palabra Obrera, liderado por Nahuel Moreno, se alejó del peronismo. Años después y fuertes dosis de guevarismo mediante, un importante sector de Palabra Obrera se convirtió en una de las vertientes políticas que alimentaron al Partido Revolucionario de los Trabajadores y su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo.

El sector minoritario de Palabra Obrera, liderado por el Vasco Bengochea, aunque sin integrarse, permaneció en los márgenes del peronismo: estableció fuertes conexiones con John Willam Cooke en particular y el Peronismo Revolucionario en general, y en 1962 tomó contacto con el Che Guevara a quien aceptó secundar en su aventura revolucionaria continental. Pero se diferenció del dogmatismo foquista del Che en lo que hacía a la estrategia de guerrilla urbana. Y también en términos político-estratégicos, respecto de la “mirada” nacionalista o peronista de la cual el Che carecía. De hecho, se los podría considerar como uno de los grupos no peronistas que, informalmente y desde la izquierda —al igual que la Tacuara Revolucionaria de Baxter, en su caso, proveniente de la derecha—, se sentían identificados con el Peronismo Revolucionario, aunque sin abandonar sus tradiciones trotskistas.

En 1963, organizaron las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional, realizaron algunos operativos urbanos e idearon desarrollar un “foco” rural en la provincia de Tucumán, lugar donde tenían un serio trabajo político previo: de hecho, uno de los miembros de la conducción de las FARN, Santilli, era médico de la Federación Obrera de los Trabajadores de la Industria Azucarera.

En 1964, el grupo se desarticuló en forma abrupta: estableció un depósito de explosivos almacenados en un departamen-

y el resto de los Montoneros (firmas Peronistas
usos Montoneros?)

to de la ciudad de Buenos Aires, y tanto el Vasco como los cuadros más importantes del grupo, incluido Santilli, terminaron hechos pedazos. Amanda Peralta se salvó por casualidad —aunque luego fue identificada y pasó un tiempo en prisión— y, tres o cuatro años después, colaboró con la fundación de las Fuerzas Armadas Peronistas: junto a Cacho El Kadri y otros compañeros, fue detenida en Taco Ralo.

Otro de los grupos que se inscribieron en la corriente de la nueva izquierda, fue “Praxis” —organizado por Silvio Frondizi después de Laica y Libre—, el cual apoyó la guerrilla de los Uturuncos y se disolvió en 1960. Algunos de sus miembros asumieron, en forma individual, al Peronismo Revolucionario. Tal es el caso de Norberto Mario Franco quien, entre 1963 y 1964, secundó a Gustavo Rearte en la fundación de la Juventud Revolucionaria Peronista y del Movimiento Revolucionario Peronista.

Tanto Palabra Obrera como Praxis eran organizaciones previas al establecimiento de la Revolución Cubana. Y, en tal sentido, se constituyeron como antecedentes de la nueva izquierda. Ya que la Revolución Cubana marcó un antes y un después en la historia de la izquierda latinoamericana. El nacimiento de la nueva izquierda, en cuyo contexto debe leerse la creación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias —así como del Ejército Revolucionario del Pueblo y de las Fuerzas Armadas de Liberación—, en cuanto fenómeno pasible de alterar el rumbo y la historia de la izquierda argentina, se correspondió con el después de la Revolución Cubana.

Al respecto me permito transcribir algunos párrafos de un trabajo escrito por Eduardo Jozami³⁸:

“Eran los tiempos de la ‘nueva izquierda’. La revolución cubana parecía abrir un rumbo revolucionario en América Latina que los partidos tradicionales de izquierda habían clau-

³⁸ “Walsh y la nueva izquierda de los años sesenta”. Eduardo Jozami. Página 12, 21/03/04.

Cooke
Bengochea

surado de hecho, la perduración del liderazgo de Perón llevaba a nuevas reflexiones sobre la 'incomprensión' por parte de socialistas y comunistas del 'fenómeno peronista' y, por último, la fuerte polémica entre los países socialistas quitaba credibilidad a la proclamación de cualquier ortodoxia, estimulando la búsqueda de una propuesta original. Así lo entendía Nueva Política, cuyo editorial, luego de enumerar una copiosa agenda de cuestiones teóricas a resolver, reclamaba un 'camino nacional para la revolución socialista' (...) El sexto número de la Rosa Blindada —que expresaba una importante disidencia de intelectuales comunistas encabezada por José Luis Mangieri, Alberto Brocato, Juan Gelman y Andrés Rivera— publicaba 'El socialismo y el hombre en Cuba', la carta enviada por el Che Guevara al director de la revista Marcha de Montevideo que habría de convertirse en el ideario ético de la nueva izquierda, pero también las 'Bases para una política cultural revolucionaria' de John William Cooke, quien luego de varios años de estadía en la Habana, ejercía una influencia importante entre muchos militantes peronistas, estimulando la apertura al pensamiento de izquierda... Pero no sólo florecen las publicaciones sino que surgen grupos militantes. En la Universidad (y hasta en ciertos sectores sindicales) la nueva izquierda, a veces vinculada con grupos del peronismo revolucionario, comienza a tener presencia. Sin embargo, para no exagerar su real influencia política, es conveniente recurrir a otra publicación, Literatura y Revolución, cuyo número inicial aparecía en octubre del mismo año, dirigida por Sergio Camarda y Ricardo Piglia. 'En Argentina, en 1965, los intelectuales de izquierda somos inofensivos. Dispersos, cada tanto enfrentados en disputas retóricas, dulcemente encariñados con nuestras capillas, ejercemos una cuidadosa inoperancia. Demostramos sí una admirable buena voluntad: firmamos manifiestos, viajamos a los países socialistas, nuestros libros son valientes', sentenciaba Piglia en el editorial, para concluir señalando entre

tantas limitaciones la más difícil de aceptar: 'Padecemos la justificada indiferencia de la única clase a la que confiamos nuestra liberación. Están allí, ajenos como los bosques'.

La retrospectiva de Jozami —y las metáforas de Piglia— son brillantes. La izquierda marxista argentina padecía, padeció y padece la justificada indiferencia de la clase trabajadora. La nueva izquierda se caracterizó por observar la realidad política, adaptarse a ella y, en consecuencia, acercarse al peronismo.

Fue un grupo de jóvenes provenientes de la Nueva Izquierda quienes, entre 1967 y 1968, se reunieron, debatieron y crearon las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Organización que llegó en forma tardía al peronismo y, a diferencia de los protomontoneros originales que se asumieron como peronistas antes de nuclearse como organizaciones político-militares, lo hicieron como grupo a partir de racionalizar un marxismo leído tal vez con profundidad pero no bien digerido: la revolución es imposible sin la clase obrera, la clase obrera es peronista, por lo tanto para hacer la revolución hay que estar en el peronismo.

A esto, la derecha lo llamó "entrismo". Yo odio las connotaciones peyorativas de esta palabra, y critico el uso y abuso que hacen de la misma muchos compañeros. Se entra, a un lugar se entra, la mayor parte de las veces y a la vista de todo el mundo. Las FAR entraron públicamente al peronismo, sin negar de dónde venían y como producto de una discusión por todos conocida. Y, ahora, me pregunto: ¿olvidaban los derechistas que habían entrado al peronismo arropados en la bandera de la Falange? ¿y que, además, la mayor parte del nacionalismo de derecha lo hizo durante los '60 ya que en los '50 apoyaron la Revolución Libertadora?

Al "estar" en el peronismo de los compañeros provenientes de la izquierda, la derecha también lo ha denominado "infiltración". Se infiltran sustancias líquidas en los intersticios de un tejido sólido, se infiltran los soldados detrás de las líneas enemigas y, sobre todo, se infiltran los policías: en cualquier tipo de

Los Infiltrados

Ver discursos de Perón

PROS

FAR

Pe
Lo
com
S
'61

Los infiltrados

organizaciones, pero lo hacen con mucha más naturalidad en las de derecha en razón de tales y tantas coincidencias culturales que pasan desapercibidos. Es más: cuando Perón hablaba de la infiltración en el Movimiento Peronista, lo cual hizo con frecuencia entre 1967 y 1968, se refería a aquellos que se auto denominaban peronistas... y pactaban con el gobierno militar. Y Perón, si bien era un anticomunista notorio, a la hora de verse obligado a elegir aliados, se quedaba con la Unión Soviética frente al mal peor: el imperialismo norteamericano. Además, consideraba al peronismo como un movimiento abierto a todas las tendencias que aceptaran su estrategia y nunca estigmatizó la presencia de cuadros marxistas en el movimiento. No lo hizo, por ejemplo, con Puigross ni con Abelardo Ramos ni con Cooke ni, por supuesto, con el Movimiento Revolucionario Peronista a cuyo creador, Gustavo Rearte, lo unían lazos de afecto y respeto. En relación a ello, Perón escribió: "... *mientras otros sectores se separarán (del Partido Comunista) para incorporarse a una lucha que tiene necesariamente que venir tarde o temprano (...) no creo que haya inconveniente en aceptar la cooperación de todas las fuerzas que luchan por la liberación...*"³⁹

Ni entrismo ni infiltración. El peronismo era un movimiento (lo cual, por cierto, los compañeros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias no llegaron a aprehender en todo su significado) y, como tal, abierto a todas las expresiones políticas que coincidieran con sus reclamos comunes: justicia social, independencia, liderazgo de Perón.

Para las FAR, la decisión de ingresar al peronismo, de asumirse peronistas, fue difícil y contradictoria. En su práctica armada, estaban más cerca del ERP que de Montoneros: mientras los montoneros siempre nos negamos a efectivizar operati-

³⁹ Carta de Perón a Alberte del 20 de agosto de 1967 publicada en el libro "Un militar entre obreros y guerrilleros" de Eduardo Guruchari. Ediciones Colihue, 2001.

Ver
Ante
Perón

como
91 no

vos conjuntos con el ERP y, aún más, preveíamos un posible enfrentamiento con el ERP después del triunfo peronista —razón por la cual como organización no participamos en la fuga de Trelew—, para las FAR era una práctica frecuente operar con el ERP. La clase obrera peronista, idealizada como revolucionaria o potencialmente revolucionaria —en el sentido leninista— por las FAR, era una clase obrera que había experimentado el Estado de Bienestar al cual quería volver, no estaba amenazada por la desocupación y mucho menos por el hambre y, con valiosas pero minoritarias excepciones, se sentía encuadrada y representada por las organizaciones sindicales y confiaba en el liderazgo de Perón.

En cuanto al "socialismo nacional" —término que si no fue acuñado sí fue consagrado por Perón— poco tenía que ver con la propiedad estatal de los medios de producción, objetivo revolucionario por excelencia de los compañeros que conducían las FAR.

Escribió Perdía⁴⁰: "Percibíamos al socialismo nacional como la síntesis justa, la Tercera Posición, entre el comunismo internacional y el capitalismo individualista", lo cual es una simplificación excesiva ya que dicha definición nos remite a la consigna: "ni yanquis ni marxistas, peronistas" esgrimida por la derecha para oponerse, precisamente, al socialismo nacional. En realidad, para mí, el peronismo no era una posición intermedia entre el capitalismo y el comunismo sino una construcción ideológica diferente de ambos. Pero lo menciono porque Perdía, como miembro de la conducción de Montoneros fue uno de los protagonistas de los acuerdos de unidad alcanzados con las Fuerzas Armadas Revolucionarias quienes, a partir de la fusión con Montoneros en 1973 y con su bagaje guevarista intacto, pasaron a integrar en términos ligeramente minoritarios la conducción nacional de Montoneros y en términos superlativos la mayor parte de los niveles intermedios de conducción.

⁴⁰ Roberto Perdía, op. cit.

FAR

Perdía
y
FAR

Fusión según FAR

La afirmación anterior resulta controversial y debo reconocer que está basada en mi experiencia personal y en unas pocas anécdotas narradas por compañeros provenientes de Descamisados y del sector movimientista de las Fuerzas Armadas Peronistas. Cuando hice circular el primer borrador de este libro entre viejos compañeros —con el fin de obtener críticas, corregir errores, ampliar perspectivas y refrescar recuerdos—, no pocos señalaron que mis críticas a las FAR, de las cuales se deducía que las responsabilizaba por nuestra derrota, eran exageradas. Uno de estos compañeros en particular —escritor, estudioso del peronismo, de larga trayectoria en las lides revolucionarias e integrado a Montoneros desde la vertiente FAR—, me hizo llegar una serie de comentarios que difieren de mi precedente afirmación:

No es cierto que Montoneros y FAR hayan integrado en términos igualitarios la conducción nacional unificada. Había predominio de la M. tanto en el número como en el orden de los integrantes de la conducción. Que las FAR hayan integrado en términos superlativos la mayor parte de los niveles intermedios de conducción, es algo que no puedo confirmar ni desmentir, porque mi ubicación en la estructura no me permitió percibirlo. Sólo puedo decir que en La Plata, Berisso y Ensenada hubo predominio Montonero en las conducciones de columna (eran dos: una para La Plata y otra para Berisso y Ensenada) y en el nivel de UBC.

Creo que para armar el cuadro podemos partir de la base de que vos y yo percibíamos situaciones diferentes. Y de que una y otra eran reales. Resta preguntar: ¿cuál de las dos situaciones fue predominante? Tratemos de aproximarnos de a poco a la respuesta.

Me incorporé a las FAR al salir en libertad en 1973. Viví el proceso de fusión desde entonces hasta que se concretó hacia setiembre de ese año.

Había en FAR un fuerte sentimiento de inferioridad respecto a Montoneros en todo lo que tuviera que ver con la

línea política. Los montoneros la habían visto siempre más clara antes que las FAR. Habían asumido el peronismo de entrada, habían matado a Aramburu, se habían sumado antes a la campaña electoral, habían desarrollado un fuerte trabajo de masas a través de la JP y en consecuencia estaban mejor posicionados en el peronismo y ante el General. FAR había ido siempre a la cola. Esto predispuso a la aceptación de una hegemonía montonera en la fusión. Lo del nombre era todo un símbolo.

Por el otro lado, hay un aspecto, que vos señalás, en el que las FAR seguían creyéndose mejores y pretendían imponer sus criterios: es eso de la prolijidad de la organización de cuadros, con todas sus implicancias, que están muy bien planteadas en tu trabajo: el montonerismo abierto y movimientista, fundido en el pueblo, era criticado desde la óptica cerrada de una vanguardia leninista. La conducción de FAR compartía esta crítica, haciendo la aclaración de que en esta cuestión la conducción montonera era plenamente confiable, no así un cierto número de cuadros medios que habían sido apresuradamente encuadrados. Parece que en este plano los criterios de la R efectivamente terminaron por imponerse. ¿Cómo se impuso esta orientación? Supongo que esto tiene mucho que ver con la adopción de la concepción de partido por parte de la organización unificada. Para lo cual esa concepción fue adoptada antes de la fusión por las dos conducciones, que actuaban mancomunadamente.

Mi impresión es la de que la iniciativa de construir un partido leninista vino de la conducción de Montoneros. Nosotros recién empezamos a oír hablar de "partido" en conexión con las negociaciones para la fusión. Es más: casi toda la gente que estaba militando en FAR —ya sea que provinieran del PC, de Praxis o del trotskismo— se habían formado políticamente en esa concepción y luego la habían abandonado para abrazar el guevarismo foquista. La idea rectora era que la organización político-militar superaba la estrechez del partido. Asumir

E.V.
FARSÍ E.V.
MONTONEROSFAR
1973
SISTEMA
DE
CUADROSPARTIDO
LENINISTA
SURGE
DE
FAR

otra vez esa concepción antes desechada fue para muchos —entre los que me incluyo— un sapo duro de tragar.

A la vez, el proceso de peronización en FAR era real. No era una táctica como el "entrismo" de Palabra Obrera. Estábamos asumiendo crecientemente lo nacional. Pero también es cierto que era un proceso, no un hecho consumado. Faltaba camino por recorrer y la incompreensión de las formas de organización política propias del pueblo es una prueba. Y también es verdad que ese proceso fue desperejo en los distintos militantes. Cuando se profundizó la contradicción política con Perón, vi renacer en algunos un viejo antiperonismo que estaba tapado y no superado, pero debe decirse que estos casos eran minoritarios y que también se daban en la militancia de origen Montonero.

¿Conclusión? No hay conclusión. El análisis está abierto y hay que seguir barajando sus distintas partes. Va una hipótesis. Vos diferenciás el montonero⁴¹ de la organización político-militar Montoneros. Tu práctica, y la de amplios sectores de Montoneros, estuvo enmarcada en el montonero. Pero la conducción de la Organización Político Militar Montoneros se volcó al concepto leninista de partido, frenó con ello el proceso de peronización de las FAR y las conducciones unificadas adoptaron para la organización los criterios elitistas que las FAR nunca habían llegado a superar.

A los fines de intentar explicarnos el fenómeno de la tardía conversión ideológica de Montoneros, resulta útil comparar las afirmaciones e inquietudes planteadas en los párrafos anteriores con la opinión de Perón⁴²:

⁴¹ El "montonero" consistió en una forma de construcción política, anárquica, arrolladora y a la cual se subordinaban las acciones armadas. EL montonero fue puesto en práctica por un amplio sector de combatientes que tenían años de experiencia política. Asimismo, caracterizó y diferenció, entre 1971 y 1973, a la Organización Montoneros de otras organizaciones político-militares.

⁴² Roberto Perón, op. cit.

"Hubo una tensión permanente entre dos tendencias con las que casi todos convivimos: una la tendencia a conducir y organizar desde el propio pueblo y sus convicciones, reconociendo el valor determinante de ese sujeto histórico colectivo. Y otra, la tendencia a conducir desde una perspectiva ideologista, colocando el eje en la búsqueda de los objetivos, definidos a partir de las propias ideas y modelos de construcción.

La disputa desarrollada con el sindicalismo fue otro de los elementos que influyó en un progresivo distanciamiento entre nuestras apreciaciones sobre ese sujeto histórico al que definíamos teóricamente, de su realidad concreta, donde los trabajadores y los sindicatos peronistas, con muchos de los cuales confrontábamos, tenían el rol protagónico.

Todas estas consideraciones están relacionadas con los debates anteriores sobre vanguardismo y movimientismo. En los resultados de esta discusión había influido la mayor racionalidad y las definiciones ideológicas de los militantes provenientes de las FAR." (La negrita es mía).

FAR y Montoneros: dos modelos diferentes de construcción política...

Si bien las diferencias político-ideológicas que existían entre FAR y Montoneros no fueron evidentes hasta el asesinato de Rucci en septiembre de 1973, ellas se podían percibir en los criterios de construcción política de ambas organizaciones.

Los Montoneros, bien asentados en el peronismo a partir de la ejecución de Aramburu, nos expandíamos hacia fuera, generábamos estructuras de base e incorporábamos a nuestra propia estructura a los militantes que tenían una mínima representatividad política, sindical o social. Por supuesto, todos peronistas: no hacía falta convencer a nadie, el catecismo era viejo y archiconocido.

Lo único nuevo, y hasta ahí nomás —el peronismo, desde 1955, había sido el objeto de la violencia reaccionaria y, cuando pudo, respondió con violencia—, eran los fierros: para gastar al enemigo, para defendernos y como reaseguro.

No nos preocupaba la homogeneidad ideológica porque, como peronistas, la considerábamos una redundancia.

Tal vez una anécdota sirva para ejemplificar el modo de construcción política que primaba en Montoneros.

En diciembre de 1972 fui sancionado por el fracaso del operativo "Santa Rosa", y de ser jefe de la unidad de combate⁴³ de la zona norte pasé a revistar como aspirante en una *ubeerre* en la localidad de San Miguel. La dirigía una joven y hermosa mujer a quien mencioné en la Primera Parte, Estela. No recuerdo su nombre verdadero aunque hace unos años, en Página 12 lo vi escrito arriba o abajo de su foto: desapareció en el '76. Estela, después de un cálido abrazo y un par de mates, aferró una de mis manos y dijo: "yo no puedo ser tu responsable,

⁴³ En 1972, Montoneros estaba organizada en forma piramidal con una amplia base que se insertaba en los "frentes de masas" —preexistentes o creados "ad hoc"— y culminaba en la Conducción Nacional. De abajo hacia arriba, la estructura era la siguiente: 1) frente de masas, la Juventud Peronista por ejemplo, organizada por Regiones y, dentro de cada Región, por Localidades y por Barrios; todos los dirigentes de Regional y de Localidades eran cuadros de la Organización con el rango de aspirantes a combatientes o de combatientes; 2) Unidades Básicas Revolucionarias, en las cuales se integraban, siempre en un marco geográfico determinado, cuadros que estaban a cargo de grupos de militantes de los diferentes frentes: universitario, sindical o territorial; 3) Unidades Básicas de Combate, integradas por los responsables de las diferentes UBRs existentes en una zona; por ejemplo la UBC de Zona Norte estaba integrada por todos los jefes de las UBRs existentes entre Vicente López y Tigre; 4) varias UBCs se integraban, siempre con criterio geográfico, en una Columna: las UBCs de la Zona Norte del Gran Buenos Aires, de la Zona Noroeste y de la Zona Oeste formaban la Columna Norte-Oeste; 5) el nivel siguiente era la Regional en cuya conducción se integraban los jefes de Columnas: por ejemplo, la Regional Buenos Aires en 1972 tenía tres columnas: Sur, Capital y Norte-Oeste; 6) la cúspide de la pirámide era la Conducción Nacional en la cual participaban los jefes de cada Región.

Petiso, cómo le voy a decir a un compañero de tu nivel qué tiene que hacer, ni se me ocurre, hacé lo que vos quieras". Le pregunté, entonces, cuáles zonas no estaban trabajadas. De José C. Paz para arriba, ninguna, al menos que ella supiera.

Al día siguiente tomé el tren, bajé en estación de José C. Paz y subí a un colectivo que, a media hora de la estación, finalizaba su recorrido en un barrio de casas humildes y calles de tierra. Frente a la parada del colectivo había una unidad básica en la que mateaban un par de viejos. "Buenas tardes, compañeros, me llamo Lucas Marín y soy de la Jotapé de San Miguel. ¿Hay compañeros de la juventud en el barrio?". Había, algunos había.

Me acompañaron hasta la casa de uno de ellos, lo invité a tomar un café, charlamos, cuando expresó su admiración por los montoneros me identifiqué como tal, mostré mi pistola — para el caso, algo así como un documento de identidad—, y armamos una reunión con los compañeros del barrio para la noche siguiente. Uno de ellos conocía a otro compañero de otro barrio al cual me presentó unos días después, y este compañero, a su vez... Ya no recuerdo con exactitud los detalles pero seis meses después yo vivía en la ciudad de Bragado, era responsable de una columna que se extendía desde Luján hasta Santa Rosa en La Pampa, la Jotapé y las agrupaciones pro montoneras del Partido Justicialista estaban organizadas en casi todas las ciudades que bordeaban las rutas siete y cinco, y el 20 de junio del '73 movilizamos más de cinco mil personas para recibir a Perón en Ezeiza. Se la conoció como la columna del lejano oeste, para los amigos *farfarwest*.

Es cierto que de *mis muchachos* —a los combatientes me refiero— pocos sabían usar un arma y, aún menos, habían recibido una precaria instrucción militar⁴⁴: apenas cuatro gru-

⁴⁴ Me recuerda Carlos Lorges —periodista, locutor, para 1973 responsable de Bragado y, en la práctica, segundo jefe del *farfarwest*— que, con el objeto de hacer prácticas militares, fingíamos salir a cazar patos en las lagunas que rodeaban Bragado. En aquellos tiempos de extrema austeri-

pos, Mercedes, Bragado, Chivilcoy y Junín, entre veinte y treinta compañeros en total. Pero sabían hacer política: inventaban radios por cable o periódicos que llegaban hasta el último rincón de sus pueblos, creaban grupos solidarios para la auto construcción de viviendas, organizaban a trabajadores independientes, participaban de las estructuras del partido justicialista y generaban organización para dar la lucha interna, tenían rápidas respuestas para cualquier tipo de problemas, usaban la imaginación. De hecho, en Chivilcoy, la Jotapé dirigida entre otros⁴⁵ por el Bigote Vazquez —primero aspirante y después combatiente montonero—, en las elecciones del '73 obtuvo varios concejales y una fuerte influencia en el gobierno municipal.

Esto ejemplifica nuestro modo de construcción política, hacia fuera, pragmático, desprolijo, vertiginoso, en síntesis, montonero en todos sus sentidos. Aunque, cabe aclarar, no todos los montoneros coincidían con la desprolijidad y yo, tal vez, era el más desprolijo de todos.

En cambio, las FAR hasta su fusión con Montoneros, construían hacia adentro, seleccionaban sus cuadros no tanto por su representatividad política como por su solidez ideológica aunque carecieran —y esto era lo habitual— de experiencia política, en la medida de lo posible les proporcionaban una rigurosa instrucción militar —la cual por necesidad siempre era precaria—, consolidaban y desarrollaban su aparato armado y, en la práctica, limitaban su trabajo político a la universidad. Un trabajo político que no estaba tanto destinado a desarrollar un frente de masas como a reclutar cuadros para su organización político-militar.

dad, matábamos dos patos de un tiro: adquiríamos puntería y cenábamos pato. Sin embargo, en relación al logro de este último objetivo, yo me constituía en un obstáculo: cazaba mis patos con una pistola calibre 45... no quedaban ni las plumas. Aunque Carlos insiste, supongo que por cargarme, que jamás le di a ninguno.

⁴⁵ Dos de ellos fueron secuestrados en Chivilcoy y fusilados camino a La Plata en diciembre de 1975.

Rescataban, en esos años (hasta el asesinato de Rucci, después ya no, y fue fatal), de la obra de Abraham Guillén, un párrafo en particular: "Para lograr la victoria en una guerra popular, hay que actuar de conformidad con los intereses, sentimientos y deseos del pueblo"⁴⁶. Tal vez, esta frase, resume mejor que cualquier racionalización, su reconocimiento del peronismo. Aceptaban al peronismo como el universo de la revolución. Esto es, los trabajadores peronistas que se beneficiarían con la revolución y, por lo tanto, la iban a realizar. Aunque, para ello, necesitaban de una vanguardia que las guiase y las motorizara. Las liderase. Lo cual, de hecho, los enfrentaba con Perón. De quien primero desconfiaban y en quien después confiaron a ciegas para, de repente, dejar de confiar.

Creo —y lo que voy a decir, como lo que antes dije, está sujeto a debate—. Reitero: creo, no tengo la seguridad, que el largo proceso de integración con nosotros, así como el apoyo irrestricto de Perón a sus *formaciones especiales*, los peronizó. Creo que, a partir de cierto momento, se sintieron peronistas. Y, como muchos de los conversos recientes, transformaron su desconfianza previa en una confianza ciega. Pero, como decía el general, *cuando Dios baja a la tierra...* Dios bajó a la tierra, ellos se decepcionaron y reaccionaron mal. No reaccionaron como políticos porque lo suyo no era la política. Lo suyo era la ideología, *pura* en todas sus acepciones. Y reaccionaron, por un lado, explicándose la situación a partir de presupuestos ideológicos con los límites y la inflexibilidad que ellos exigen a quienes los padecen. Y, por otro, en tanto conversos decepcionados, reaccionaron de una manera emocional, con despecho. En lo cual hubo una trágica coincidencia con Firmenich. Porque, cuán-

⁴⁶ Abraham Guillén, Teoría de la violencia. Edit. Jancana. Gillespie en "Montoneros, soldados de Perón", agrega que "al ir desarrollándose los Montoneros, sus pretensiones militares se vieron cada vez más regidas por consideraciones de guerra regular y olvidaron con rapidez las lecciones de Guillén".

las FAR y sus cuadros

do Dios bajó a la tierra⁴⁷... Firmenich dejó de serlo o, al menos, dejó de ser su profeta⁴⁸.

La vocación de unidad: entre el deseo y las diferencias...

La vocación por la unidad estuvo presente desde el principio. Se puso de manifiesto en 1970 cuando nuestro grupo, hoy conocido como el grupo de Sabino Navarro, se fusionó sin inconvenientes ideológicos ni egoísmos tribales con el grupo de Abal Medina. Y también después del desastre posterior a la toma de La Calera cuando Descamisados y las FAP, sin preguntas ni cuestionamientos, nos proporcionaron el cobijo imprescindible para restaurar nuestras heridas.

Pero ya no tanto cuando, en 1971, como paso previo a la fusión, recreamos las Organizaciones Armadas Peronistas. En principio, las Fuerzas Armadas Revolucionarias se negaron a que Descamisados se integrara en condiciones igualitarias a las OAP. La excusa fue que Descamisados era un grupo local, organizado en Buenos Aires, sin "sucursales" en el interior del

ver Descamisados e Integración OAP
 como hipótesis de Descamisados

⁴⁷ "Si Dios bajara todos los días a la tierra para dirimir los pleitos que se provocan entre los hombres, ya le habríamos perdido el respeto y no habría faltado tampoco un tonto que quisiera reemplazarlo a Dios". Esta era una cita frecuente de Perón. En este caso está tomada de una carta de 1967 dirigida a Alberte y transcripta por Gurucharri en su libro "Un militar entre obreros y guerrilleros".

⁴⁸ Hay quienes saben apoderarse del poder y hay quienes son víctimas de su poder. Firmenich fue una víctima de su poder. Se dejó arrastrar por él. Y se aterrorizó cuando vio que se le iba. Pero se le fue. Entonces simuló. Dice Baudrillard: "Lo real se borra a favor de lo más real que lo real... la simulación". Esto es, sobreactuó para compensar la angustia que le producía su confrontación con la realidad. Y se zarpó. O, tal vez, como decía Perón en la cita anterior, fue simplemente un tonto. Y todo se fue al diablo.

país. Lo cierto es que, para 1971, nadie tenía en el interior más que unos pocos cuadros organizados en forma precaria. Las limitaciones que, a nivel nacional, pudiera tener cada una de las organizaciones, eran irrelevantes en función de lograr la unidad.

Las prevenciones de las FAR respecto de Descamisados pasaban, a mi entender, por dos cuestiones: una, objetiva, el "movimientismo" explícito de los descas y una forma de construcción acorde al mismo que los llevaba a priorizar sin dudas de ninguna índole lo político y a criticar las acciones armadas desvinculadas del qué hacer político con excepción de las de carácter logístico. Y dos, subjetiva: la formación política y cultural —sin "recetas revolucionarias" preconcebidas y con una lectura de los pensadores de diversas vertientes ideológicas— de quienes conducían Descamisados, los hacía poco receptivos a los argumentos de la izquierda.

Para nosotros, en cambio, la participación de Descamisados en las OAP resultaba importante para compensar el guerrismo de las FAR. E impusimos su presencia. Casi un año después, con el aval de Montoneros, Descamisados fue separado de las OAP. No recuerdo la causa formal de esta separación pero lo cierto es que ya estaba acordada la integración de los descas a Montoneros, en cuya estructura ocuparon importantes espacios de conducción. La fusión entre Descamisados y Montoneros se anunció poco después de la disolución de las Organizaciones Armadas Peronistas.

En realidad, en 1970, el embrión de la "cuatripartita", tal como se conocieron internamente las Organizaciones Armadas Peronistas —así como el principal esfuerzo para formarlas en 1971—, estuvo a cargo de las Fuerzas Armadas Peronistas. Y no fue un hecho teórico sino práctico relacionado con el superlativo desarrollo —militar y político— que tenían las FAP en relación a las otras organizaciones: proporcionaron una solidaridad irrestricta a Montoneros en su momento histórico más difícil, discutieron hasta el cansancio con las Fuerzas Armadas

Revolucionarias y motivaron su "peronización", proporcionaron instrucción militar a Acción Peronista e impulsaron su transformación en una organización político-militar: Descamisados —tal como lo hicieron con la Guerrilla del Ejército Liberador de La Plata—.

Además, para 1970, los cuatro grupos compartían criterios estratégicos generales, y las potenciales contradicciones ideológicas no se discutían: iniciar y desarrollar la lucha armada contra el régimen había costado sangre, sudor y lágrimas; por lo tanto, era la lucha armada el principal motivo de convergencia y articulación entre las cuatro organizaciones. Pero, a fines de 1970, a partir del ingreso de los grupos de Villafior (Peronismo Revolucionario) y Cafatti (Tacuara Revolucionaria), se consolida en las FAP la idea de la "alternativa independiente" al peronismo. Esto es, sin renegar de sus orígenes peronistas ni de la figura de Perón, planteaban la construcción de un partido revolucionario de carácter clasista al margen del Movimiento Peronista para concentrarse en una sola estrategia de confrontación: la Guerra Popular Prolongada.

Lo cual se daba de patadas con el pensamiento de Montoneros y Descamisados, quienes consideraban al Movimiento como revolucionario en su conjunto y que, en conjunto, se debía avanzar hacia la toma del poder a través de todas las tácticas posibles incluida la electoral. Y, en menor medida, también entraba en contradicción con el pensamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias quienes, desde una postura vanguardista, buscaban la transformación revolucionaria del Movimiento Peronista.

Al respecto, un informe interno escrito por las FAP en abril de 1972 para anunciar la disolución de las OAP, dice: "*En todo este período nuestra actitud fue inconsecuente, e intentamos ignorar las manifestaciones elocuentes de las debilidades ideológicas de Montoneros o lo que entonces despuntaba como el oportunismo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias*". El

Proceso de...

documento agrega que si bien existía acuerdo en "*los objetivos estratégicos (el socialismo)*" este acuerdo se resentía por "*el programa electoral de Montoneros, donde aparecen definiciones programáticas de nacionalismo revolucionario*"⁴⁹.

Consecuentes con lo escrito, las Fuerzas Armadas Peronistas se abstuvieron de participar en el proceso electoral que llevó al peronismo al gobierno en 1973 y, tal como al comienzo impulsaron la creación de las Organizaciones Armadas Peronistas, en marzo de 1972 sin vacilar acordaron con su disolución.

Las discusiones acerca de participar en el proceso electoral o no, también se dieron en el seno de la organización Montoneros desde que se atisbó su posibilidad a fines del '71. Sin desmedro de que más adelante incursiono en el tema a partir de mi propia experiencia, las discusiones se saldaron en forma abrupta y unilateral. Carlos Hobert, a la sazón responsable de la Regional Buenos Aires —en realidad el pensador político de la Organización en cuya conducción, en ese tiempo, imponía sus criterios ya sea a través del debate o de la consumación de hechos—, por la propia decidió la toma de un pueblo en la provincia de Santa Fe. Pero este hecho militar fue apenas una excusa para difundir y dar fuerza un comunicado de cinco puntos en el cual apoyaba el proceso electoral y levantaba la candidatura de "Perón Presidente". A partir de allí, Montoneros estaba jugada en la participación de una estrategia que tenía poco consenso en la izquierda peronista y ninguno en las Fuerzas Armadas Peronistas. Este hecho, sumado al "alternativismo" de las FAP, fue el detonante de la disolución de las Organizaciones Armadas Peronistas.

Por su parte, la evolución político-ideológica de las FAP fue progresiva, permanente, acelerada, y de ella no salieron indemnes: para 1973, las FAP se encontraban divididas en cua-

⁴⁹ "De Taco Ralo a la Alternativa Independiente", Pérez y Duhalde, pp.263.

FAP

tro sectores: 1) el "Comando Nacional", dirigido por Villaflor y cuya expresión política era el Peronismo de Base; 2) la "Regional Buenos Aires", que se acercó a Montoneros sin abandonar las posturas clasistas; 3) los "Iluminados", dirigidos por Cafatti y cuya postura siempre me resultó incomprendible — "si aquellos eran los oscuros estos son los iluminados", dijo Fidanza que apoyaba a Villaflor—, y 4) la "17 de octubre" dirigida por Envar El Kadri, grupo político en el cual se nuclearon muchos de los veteranos de Taco Ralo los cuales, sin abandonar por completo la tesitura de la "alternativa", reivindicaron el proceso electoral porque "alcanzar el gobierno era un paso importante en la reconquista del poder total, ya que el gobierno significa una porción, una cuota de poder"⁵⁰. Y ello sin contar las fracturas de 1970 y 1971 protagonizadas por los "oscuros" que se integraron a Montoneros y Descamisados. De esta manera se difuminó la única de las Organizaciones Armadas Peronistas que fue heredera directa del Peronismo Revolucionario lo cual se evidencia con el origen político de sus primeros cuadros: el Movimiento de la Juventud Peronista (El Kadri), Acción Revolucionaria Peronista de Cooke (Quito Burgos Peyrou), las FAP del Movimiento Revolucionario Peronista (organizadas en el '64 por Rulli), Las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional de Bengochea (Amanda Peralta) y el Movimiento Revolucionario Nacionalista Tacuara (Cafatti y Amílcar Fidanza).

⁵⁰ Id. Ant. pp. 375.

CUARTA PARTE:

LA TRANSMUTACIÓN DE LA FE

La transmutación de la Fe...

Para enero de 1973, con las FAP atomizadas en varios sectores según vimos en el ítem anterior, Montoneros primero y FAR después participaron en conjunto de la campaña electoral y profundizaron sus acuerdos tendientes a la integración.

El creciente éxito del peronismo en general, y el arrollador crecimiento político de Montoneros en particular, a lo cual se sumaban los lazos de amistad establecidos entre los presos y entre los dirigentes de ambas organizaciones en sus respectivos ámbitos, sublimaron las diferencias pre-existentes. Pero, además, se estableció una dialéctica entre ambas conducciones mediante la cual los unos asumieron criterios político-ideológicos que antes eran privativos de los otros. Síntesis, ésta, que se dio en un ámbito cerrado, exclusivo, sin participación de los cuadros medios y, en la práctica, aislado del "qué hacer" político cotidiano.

Los imagino sintiéndose los *creadores* de la vorágine militante y de la movilización social que signaba el panorama

Use Paschettto mayo 73'
Documento del 73'
Al respecto en conjunto el Perón
Comisión el Perón

político del '73. Tocaban el cielo con las manos. Tenían poder. Pero ya no imagino cuando leo: "Esta organización destinada a conducir a la clase obrera debe estructurarse como partido revolucionario que desarrolle y conduzca la guerra revolucionaria integral en todas sus formas... y se desarrollará en el seno del Movimiento Peronista, al cual deberá conducir... (y) será conducción estratégica ejercida conjunta y progresivamente con el general Perón", en un documento interno de Montoneros⁵¹ en el cual se exponen las conclusiones de la Reunión Nacional Ampliada realizada en mayo de 1973, una semana antes de que Cámpora asumiera como presidente, a un mes del retorno de Perón y la masacre de Ezeiza. Pocos días atrás éramos las formaciones especiales, el brazo armado del Movimiento Peronista. Y, de repente, unos días después profetizamos reemplazar a Perón, jubilar a los sindicalistas, desplazar a los dirigentes partidarios y, cabe preguntarse, ¿si esto es lo que planteamos nosotros para los peronistas, qué es lo que de nosotros podían esperar los otros partidos?

Era un documento "interno", claro. ¿Pensaba la conducción montonera que estos conceptos no iban a llegar a Perón, a los sindicalistas, a los partidos? ¿Se puede ser tan ingenuo, tan infantil y, al mismo tiempo, dirigir la organización político-militar más grande de Latinoamérica? ¿Qué esperaban de Perón? ¿Qué los recibiera con sonrisas, les entregara el bastón de mariscal y se fuera del país? Escribe Perdía:

"... nuestra propuesta era ir produciendo una simbiosis con Perón, en la conducción. Lo hacíamos a partir de la idea de vanguardia revolucionaria que conduce al pueblo, pero compartiendo esa conducción con Perón. En aquel momento aparecieron consignas tales como 'Conducción, conducción,

⁵¹ Documentos 1970-1973, recopilados por Roberto Paschetti y publicados por Editorial De La Campana en 1995.

montoneros y Perón' (...) Debo suponer que para el viejo General, aquí estuvo nuestro 'pecado capital' y no hubo aguas del Jordán que lo pudieran redimir".

Tal vez porque viví estos hechos y padecí la extinción del peronismo como motor de cambio, herramienta para la igualdad social, movimiento revolucionario, cuando los rememoro, a pesar de que han transcurrido treinta años, me gana la bronca y me domina el sarcasmo. Pero el sarcasmo sólo me sirve a mí, y lo que yo quiero es explicar.

Para hacerlo, me gustaría tener herramientas más consistentes que el reduccionismo psicologista al cual desestima, como elemento de análisis, Matilde Ollier. Sin embargo, en este momento sólo puedo pensar —subjetividad pura, reduccionismo— en unos jóvenes bien intencionados aunque briagos de un poder imaginario, el peor de los alcoholes, ni el metanol produce tal ceguera. En un Firmenich de fluida labia pero carente de formación teórica y de experiencia política, entronado primero por la casualidad y después por la inoportuna muerte de Sabiño Navarro y la discapacidad moral que a veces caracteriza a los obligados por una clandestinidad absoluta. Un Firmenich a quien imagino beber las fáciles mieles de un guevarismo sin Guevara para colmar sus carencias y para justificar sus ambiciones. Un Firmenich a quien recuerdo durante la retirada de Ezeiza y sobre el techo de un ómnibus: el agravio en los hombros caídos, en la cerrazón del ceño el rencor. Un Firmenich que sólo puede recuperar el quimérico pedestal sobre el cual él mismo se había situado ya no a partir de heredar a Perón sino de vencerlo. De enfrentarlo. Y para ello debe transmutarse y, con él, transmutar a la organización que conduce. Lo hizo. Tal como tantas veces lo hicieron los pontífices con la Iglesia. Apoyado por un entorno poco numeroso pero coherente en la simpleza de su pensamiento, favorecido por la rigidez piramidal de la organización, amparado por la (buena) Fe de sus hermanos para imponer la eficiencia mecanizada de un

verticalismo tranquilizador. La frase en cursiva la tomé de un libro de Alain Rouquié que trata del Poder Militar en la Argentina. Para vencer al enemigo, en lugar de explotar sus debilidades, buscaron asimilarse a ellos. Todo al revés.

Carlos Flaskamp, fundador en 1970 de un grupo nacionalista revolucionario —GEL, Guerrilla del Ejército Libertador, muchos de cuyos cuadros se integraron posteriormente en las FAR, incluido Carlos— y con quien durante julio de 1971 compartimos el piso de máxima seguridad en la cárcel de Olmos, ha elaborado un lúcido análisis político de este proceso que yo he llamado “transmutación”. Transcribo el mismo tal como, en este momento, de su libro⁵² lo leo:

“Unos cinco meses antes de que se concretara la unificación definitiva de las dos organizaciones, hicieron trascender a la militancia que, para la organización futura, proponían adoptar la forma partido, dejando atrás el concepto de organización político-militar... (con lo que) se proponía el desdoblamiento en el binomio Partido-Ejército, adoptando un concepto de los partidos marxistas revolucionarios (...) Este giro iba a tener sus consecuencias. El concepto foquista de la OPM, precisamente por su carencia de tradiciones y de procesamiento teórico, era una propuesta no vinculada a dogmas y abierta a varios diferentes cursos futuros de desarrollo. El pasaje a la identificación como partido de vanguardia, en cambio, encerraría a la organización en la rigidez de los esquemas leninistas, que para nada iban a ayudar en su eficacia a las luchas políticas nacionales (...) Al adoptar este concepto, nos estábamos atribuyendo una especificidad clasista que, dentro de un movimiento nacional y popular, convenía a nuestras pretensiones hegemónicas. Pero la condición de clase que nos adjudicábamos como

⁵² “Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)”, Ediciones Nuevos Tiempos, 2002. El texto completo se encuentra entre las páginas 94 y 96.

‘partido’ guardaba poca relación con las realidades sociales existentes en el Movimiento y en nuestras propias filas”.

Luego de aclarar que en la Jotapé co-existían los jóvenes obreros con sectores de clase media, Carlos afirma: “Atribuirle a la tendencia y a las organizaciones que la conducían un carácter proletario, es ofrecer una buena muestra de los casos en los que la aplicación forzada de las categorías marxistas no ayuda a entender la realidad, sino a confundirla (...) Estábamos incurriendo una vez más en el viejo dogmatismo de una izquierda que quería acomodar la realidad a teorías preexistentes en lugar de entenderla en su originalidad nacional”.

MULTIPLICACIÓN

**Entre la realidad y la omnipotencia:
de la política a lo militar...**

En el plano de la objetividad, lo objetivo es que en la historia de Montoneros hubo dos etapas cuyo punto de inflexión, en el sentido de límites históricos, varios autores hacemos coincidir con la masacre de Ezeiza y/o el asesinato de Rucci y/o la muerte de Perón. En realidad, el punto de inflexión estuvo en la culminación de un proceso durante el cual la dialéctica entre lo posible y el deseo, entre el realismo y la omnipotencia, se decantó a favor del deseo omnipotente. Y ello se plasmó por escrito en el documento de la Reunión Nacional Ampliada. En todo caso, lo objetivo es que hubo dos etapas. Y, en forma objetiva, las describe Matilde Ollier:

“En el caso de la organización Montoneros hubo dos etapas claras. Una primera que va desde sus inicios hasta el '74; y una segunda, que comienza en esta época y llega hasta el derrumbe. Durante el primer período, desde la construcción de Montoneros hasta el '74, la estructura de la organización conserva las formas de la etapa de la conquista de las voluntades políticas, esto es, cómo llegar a la gente. La organización

encuentra la mejor estructura organizativa en las UBR (Unidades básicas revolucionarias). Los mejores cuadros de las UBR salían a formar las UBC (Unidades básicas de combate). Era bastante democrática al principio y funcionaba a partir del mejor manejo del frente, del talento organizativo de cada uno, de la mayor capacidad de trabajo político. Si el nivel del compañero daba para hacerse combatiente se hacía, pero no perdía ni su frente, ni su inserción política, ni su relación social, ni su trabajo (...). En la segunda etapa se empieza a generar una estructura en la cual la responsabilidad de los frentes políticos empieza a ser asumida por los responsables militares. Por lo tanto, saber hacer tareas militares pasa a ser clave. Cercano al golpe del '76, esto se consagra en un documento y la dirección de los frentes queda a cargo de los cuadros militares. La organización Montoneros ha evaluado que ha crecido lo suficiente y se encuentra en condiciones de continuar la guerra como forma de acción política (...). Durante el período de transición entre ambas etapas, hay una disputa entre los cuadros tradicionales, que se ven a sí mismos como más cercanos a la política, y los cuadros militares — algunos de los cuales son gente nueva—, que pasan a disputar la conducción política a veces sin historia, sin antecedentes”⁵³.

Para Emilio, uno de los entrevistados por Matilde Ollier, “siempre fue una gran disputa que se llevaba a cabo entre los cuadros políticos y los militares, que por otra parte no estaban siempre claramente delimitados”. Y, a continuación, Emilio agrega: “Cuando la autodefensa fue tan necesaria como que de ello dependía tu supervivencia física, lo militar adquirió una preeminencia por encima de lo político. Cuando empezaron a tirar contra las unidades básicas, cuando te mataban por la calle, no tenías otra opción. Ahí nos quitaron la opción política y nos llevaron a su terreno”⁵⁴.

⁵³ Matilde Ollier, op. cit.

⁵⁴ Matilde Ollier, op. cit.

En realidad, nadie llevó a Montoneros a “su terreno”. Montoneros fue solito con el pase a la clandestinidad. Es posible que, dadas las crueles circunstancias que sucedieron a la muerte de Perón, a la Organización no le quedara otra alternativa más que “pasar a la clandestinidad”. Pero si así fuera el caso, Montoneros tendría que haber previsto —en sus propios términos militares— una “retirada estratégica” de los compañeros que participaban de los frentes de masas. Como en su momento escribió el propio Clausewitz, trasladarlos a posiciones menos expuestas con el objeto de preservarlos.

Por su parte, el mérito de Matilde Ollier en los párrafos precedentes reside en que es la primera ensayista que define con claridad la existencia de dos etapas, no sólo diferentes sino contradictorias en la historia montonera —aunque al respecto no analiza, como ningún ensayista lo ha hecho hasta ahora en forma cabal, el rol de las FAR—.

Méritos al margen, considero conveniente abundar en algunos de los conceptos expuestos ya que un par de ellos —la diferencia tajante entre cuadros políticos y cuadros militares y el hecho de que “saber hacer tareas militares pasa a ser clave” para obtener una promoción en la jerarquía organizativa— no sólo son inexactos sino que, de manera involuntaria, al simplificar las diferencias internas echan sombras sobre la responsabilidad que tuvo la hegemonía de una línea ideológica y de un criterio estratégico en el fracaso de Montoneros. Y una de las pretensiones de este libro es reivindicar una lucha y explicar su fracaso.

La militarización de Montoneros se percibió a nivel público, tal como lo manifiesta Matilde, en 1974. Pero, en realidad, la militarización fue la consecuencia inevitable de una mutación en las concepciones políticas e ideológicas de la conducción montonera. Fue el subproducto inexorable de la hegemonía del proyecto guevarista, así como de la concepción leninista del socialismo y del poder, en la conducción montonera.

El documento de mayo '73

Si lo consideramos así, el hito que demarcó ambas etapas, al menos ~~hacia el interior de~~ la organización Montoneros, debería ubicarse en mayo de 1973 cuando se elaboró el documento que supuestamente sintetizó las conclusiones de la Reunión Nacional Ampliada —digo supuestamente porque yo participé en esta Reunión⁵⁵ y, si bien se habló de avanzar como poder en el seno del movimiento peronista a través de nuestros frentes de masas y se especuló con heredar el rol de Perón, en ningún momento se mencionó la posibilidad de reemplazarlo—.

Documento que podemos complementar con las declaraciones emitidas a principios de junio del '73 por Roberto Quieto —cuadro fundador de las FAR y, a la sazón, el tercero en la jerarquía de la conducción nacional de Montoneros—, en las cuales señaló como *enemigos* de la misma envergadura que el imperialismo y la oligarquía, a los traidores al Frente y al Movimiento así como a *todos los que conspiran* contra el cumplimiento del programa de Liberación a quienes, agregó, se los combatirá “*por la acción armada tanto de masas como de comando*”⁵⁶.

Comparemos las afirmaciones de Quieto con las del ERP de agosto del mismo año: “*Todo aquel que manifestándose parte del campo popular intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular*”⁵⁷.

Resulta claro que ambos, a partir de convicciones estratégicas similares, el guevarismo y el leninismo, apuntaron a los

⁵⁵ En realidad, fueron dos reuniones. La primera realizada entre las conducciones de Far y Montoneros y de carácter cerrado. La segunda, inmediatamente después, en la que participamos. la conducción nacional, los jefes de columna y algunos responsables de los frentes de masas en todo el país.

⁵⁶ El Descamisado, 12 de junio de 1973, reproducido por Oscar Anzorena en “*Tiempos de violencia y utopía*”, Ediciones del Pensamiento nacional, 1998.

⁵⁷ Oscar Anzorena, op. cit.

traidores —del Movimiento para unos, del campo popular para los otros, los *traidores* constituían el mismo sujeto—. ¿Y quiénes eran los traidores? Gente del campo popular, gente que defendía —con mayor o menor compromiso— los intereses del pueblo pero, a mediados del '73, consideraba que la lucha por los intereses del pueblo no debía hacerse mediante una práctica militar o planteaba que debía existir una tregua, un espacio para llegar a acuerdos, un lugar para la política. Esto es lo que dijo el ERP: los políticos y los sindicalistas que no estuvieran de acuerdo con la estrategia del ERP eran sus enemigos. Para Quieto eran todos los que conspiraban, concepto que le daba mayor ambigüedad a la traición.

Carlos Flaskamp⁵⁸ al respecto escribe: “... *el enfoque militar de la conducción, además de presentar la rigidez propia de los planteos militares, partía, como suele hacerlo el ultraizquierdismo, de las ‘últimas instancias’.* En última instancia todos eran soldados enemigos: la Marina, los radicales colaboracionistas y el lópezreguismo formaban parte en definitiva del complejo ejército enemigo, cuyo aniquilamiento era el objetivo de la guerra popular”.

Entonces, para el catecismo de Quieto, y por ende de la Conducción Nacional, lo que no resultaba ambiguo era que al conspirador se lo combatiría mediante comandos armados, pretensión que no explicitó el ERP y que tampoco puso en práctica. A diferencia de Montoneros que apenas tres meses después de las declaraciones de Quieto asesinó a Rucci: por traidor te va a pasar lo mismo que a Vandor. Traidor: el que viola la lealtad debida. ¿A quién? Rucci jamás había comprometido su lealtad con Montoneros. Debía lealtad a Perón y, a diferencia de Vandor, nunca le había jugado en contra. Al contrario: respecto del movimiento sindical, seguía las instruccio-

⁵⁸ Carlos Flaskamp, op. cit.

Reunión el/los Abril 73
EN MADRID
ANTES DE LA DESERCIÓN

246

JOSÉ AMORÍN

nes de Perón al pie de la letra. Lo cual no era del todo agradable para Lorenzo Miguel y la conducción de la C.G.T. Entonces, si por su actividad sindical Montoneros consideró traidor a Rucci es porque consideraba traidor a Perón.

En abril de 1973, Perdía, Quieto y Firmenich se reunieron con Perón en Madrid. Al respecto, Perdía escribió:

"...(Perón)destacó que los próximos cuatro años debíamos utilizarlos para aprender a gobernar y asegurar un eficaz trasvasamiento generacional en el movimiento y en el país. Manifestó que asumía la responsabilidad de asegurar que, progresivamente, se nos fueran asignando crecientes responsabilidades. Argumentó sobre la necesidad de avanzar en la organización popular y (...) veía en las tareas de promoción social una manera eficaz para darle continuidad a nuestra organización. (...) El general Perón le manifestó en esa oportunidad (a Bidegain) la conveniencia de integrar a su próximo gabinete a algunos muchachos de la JP, para que se vayan acostumbrando a gobernar".

Notemos, en estas palabras relatadas por el propio Perdía, que Perón: 1) aceptaba la continuidad de la existencia de Montoneros como tal aún después de establecido el gobierno popular y aún más allá del período constitucional de gestión peronista; 2) nos ofrecía, como Organización, hacernos cargo del trabajo social (léase, el Ministerio de Bienestar Social el cual, ante nuestro rechazo, quedó en manos de López Rega) para construir organización popular lo cual, sin dificultad alguna, se interpreta como organización política. Trabajo social: construir barrios populares, armar cooperativas, desde abajo impulsar cultura, llegar hasta el último rincón del país y organizar a su gente. Esto, que constituye la mayor ambición de cualquier corriente política en el seno de una gestión gubernamental políticamente heterogénea, significaba, nada más ni nada menos, que fortalecer el crecimiento de nuestra Organización en las bases peronistas y, con ello, darnos una auténtica posibilidad de lograr, en

IMP

Perón

Oficina
de
Perón

¿Dónde
lo hizo?

Reunión EN Sep 73'

Perón
Quieto y Firmenich
antes de Rucci y Deserción

MONTONEROS: LA BUENA HISTORIA

247

cuatro años, la hegemonía política del movimiento peronista. Nos heredaba el movimiento, nos ofrecía el futuro porque, díganoslo de una buena vez, el presente era él, el propio Perón.

La conducción nacional de la Organización, jamás informó a sus cuadros de esta oferta —político-estratégica en relación a nuestro futuro de cabo a rabo— la cual, por lo tanto, no tuvo oportunidad de ser debatida.

El 6 de septiembre de 1973, tres semanas antes del asesinato de Rucci, Quieto y Firmenich se reunieron a puertas cerradas con Perón, y el Viejo les ofreció un acuerdo: Montoneros seguiríamos al frente de la juventud, de la universidad y de los espacios de poder en el Estado que teníamos hasta el momento. En el Partido Justicialista —al cual el Viejo nunca le dio mucha importancia— podíamos hacer lo que quisiéramos dentro de los límites impuestos por los estatutos partidarios, él no iba a interferir. Como contrapartida nos exigió respeto al Pacto Social y que dejáramos de meternos con el sindicalismo.

Imagino al Viejo, amplia la sonrisa cuando afirma: "muchachos, el futuro es de ustedes, el presente es nuestro". Nuestro dice, y sus manos —largas, sarmentosas— señalan su pecho. Imagino a Firmenich cuando horas después —solemne, fruncido el ceño, pesaroso—, en la reunión de conducción nacional, interpreta: "el Viejo nos da lo que ya tenemos y a cambio quiere que disolvamos a la Juventud Trabajadora Peronista"⁵⁹.

En realidad, las propuestas eran buenas. Tanto la de abril, cuando la relación era buena, como esta última de septiembre

Reunión?

⁵⁹ Al salir de la reunión con Perón, los periodistas le preguntaron a Firmenich si Montoneros abandonaría las armas. "De ninguna manera", respondió Firmenich. "el poder político brota de la boca de un fusil". "El Descamisado". 11/9/73. Tres posibilidades: tonto, confundido o despechado. Cualquiera de ellas es posible, tal vez las tres. En todo caso, el resultado fue igual.

cuando, a diferencia de abril, ya existía una situación de tensión con el general. Las propuestas se sintetizaban en una palabra: el futuro. No un futuro indiscernible: un futuro apenas signado por la (breve) expectativa de vida del General y nuestra capacidad para formar cuadros de conducción. Un futuro que exigía de nosotros generosidad para conceder, inteligencia para proceder, cintura para establecer alianzas y habilidad para sumar. El futuro que nos ofrecía Perón, de nuestra parte sólo exigía capacidad política. En concreto, Perón exigía de Montoneros la única virtud que escaseaba en en la inmensa mayoría de los miembros de su conducción.

No me cuesta —con otras palabras quedó escrito— imaginar sus cuestionamientos: ¿A quién se le ocurre que después de tanto esfuerzo vamos a disolver la Juventud Trabajadora Peronista? ¿En qué cabeza cabe si, precisamente, es la JTP la vanguardia concreta de la clase obrera organizada? ¿Cómo hacer la revolución sin la clase obrera? ¿Cómo la clase obrera va a hacer una revolución sin vanguardia? Lo que nos pide el General es que no hagamos la Revolución. El general *conspira* contra la Liberación: es un traidor.

No sé si fueron los términos exactos que se intercambiaron en la reunión de la conducción montonera realizada después de la propuesta de Perón del 6 de septiembre. Sólo Firmenich lo sabe; tal vez Vaca, tal vez Perdía: no sé si estuvieron presentes pero en la soledad de una conducción por años compartida, a la sombra de sus soledades y en el laberinto de sus culpas, no sería extraño que, en algún momento, aflorasen las confidencias.

Jauretche el joven, hace unos meses en la Sociedad Rural durante la muestra que recuerda y actualiza a Jauretche el viejo, me dijo que nuestra historia, la historia de los montoneros, tenían que escribirla los últimos sobrevivientes de la conducción nacional. Pero *“la historia es el dramático intento que hace el hombre para recrear en su mente el mundo del pasa-*

do”⁶⁰. El hombre, en el caso de esta definición, es el historiador que padece el cómo ubicarse en el lugar de los protagonistas para, desde allí, explicar los sucesos. Para los protagonistas de la historia, recrearla significa recordar los sucesos, hacerlos conscientes y, por lo tanto, asumir las responsabilidades que les competen. Lo cual es, siempre, dramático. Olvidamos nuestra adolescencia porque no soportamos recrear nuestras ridiculeces, no soportamos vernos, que nos vean, patéticos. En los 2000 es patética la desmemoria de Firmenich, Perdía y Vaca. Más patética aún porque, creo, es sincera. No es tanto que no quieran contar: los ha ganado el olvido. Y es probable que si hoy le preguntase a Firmenich qué se discutió en la reunión de la Conducción Nacional posterior al 6 de septiembre del '73, un rictus de perplejidad le ganase el rostro: *“¿hubo una reunión?... no me acuerdo”*, sería su respuesta, y tal vez sería sincera.

Me pregunto: ¿fue la noche del 6 de septiembre cuando se decidió el asesinato de Rucci? No sé. Sé que tiempo antes de la masacre de Ezeiza un compañero de las FAR había tropezado —como todos los tropiezos, por casualidad— con la figura de Rucci en el momento de entrar a una casa. Y que, a partir de allí, FAR siguió sus desplazamientos hasta establecer sus patrones de conducta. Sé que la planificación de su asesinato se inició, por lo menos, tres semanas antes de que fuera asesinado. Sé que el gordo Fernando Saavedra —dirigente de Descamisados y un ser humano excepcional— fue designado como jefe del operativo. Me contaron que Fernando se opuso al ase-

⁶⁰ Citado por Alfredo Kohn Loncarica, jefe del Departamento de Historia de la Ciencia de la Facultad de Medicina de la UBA. Por cierto, escribir historia, sobre todo cuando se trata de la nuestra, constituye un hecho dramático, doloroso. Tal vez por ello, la historia de Montoneros escrita por Perdía, aunque incluya intentos autocríticos, termina siendo autojustificatoria. Además, entre otros, omite hechos fundamentales como la negación de la autoría del asesinato de Rucci, las serias controversias internas existentes entre los miembros de la conducción nacional, las ambiciones personales de algunos de ellos y su incidencia en el rumbo político de la Organización.

sinato de Rucci, planteó en términos políticos sus objeciones las cuales fueron desestimadas por la conducción —no sé los argumentos de la conducción para rebatirlo pero este debate recién empieza—. Y Fernando, confrontado por los argumentos o presiones de una Organización, de una Iglesia a la cual jamás iba a abandonar y de la cual sólo la muerte lo apartaría, adrede se rompió un tobillo una semana antes del asesinato, y no participó del mismo. También me contaron que el proyecto de asesinar a Rucci desató una feroz interna en el seno de la conducción, interna que fue resuelta en forma unilateral por uno de sus miembros. No sé si el asesinato de Rucci se decidió después de la propuesta de Perón en relación al futuro de Montoneros y el futuro del Movimiento. Infiero —pero esto es subjetivo— que la muerte de Rucci fue producto de un largo proceso uno de cuyos hitos más importantes se ubica en la autopista Ricciari, a pocos kilómetros de Ezeiza, la noche del 20 de junio de 1973. Sobre el techo de un micro desvencijado que flanqueaba la retirada de un “ejército” vencido.

Pero no supongo ni infiero, lo sé con certeza: el asesinato de Rucci fue una declaración de guerra. Contra Perón y el resto de los sectores que integraban el peronismo. Contra todos los *conspiradores*. Y si bien en política, como producto del propio arte de la política, todo puede ser resuelto, todo tiene retorno, el asesinato de Rucci no lo tuvo. Podría haberlo tenido, pero no lo tuvo. Porque al principio imperaron las pasiones: las de las víctimas y las de los victimarios. La conducción montonera, cuando vio las terribles consecuencias de su acto y quiso remediarlas, además de omitir una autocrítica que podría haber llevado a modificar las concepciones que dieron origen al acto, negó su autoría, careció de sinceridad, actuó con hipocresía.

Por su parte, Perón se vio desbordado, no tanto por el dolor como por el hartazgo que le producía la estupidez ajena. En el medio medraron los profesionales de la violencia delincüencial. Y el tiempo pasó volando y, cuando todos nos quisimos acordar,

Perón nos miraba desde la eternidad. Y nuestro pueblo, su pueblo, cuando nos miraba —a nosotros, a los montoneros— lo hacía de lejos. La muerte de Perón —ahora sí, definitivamente— no tuvo retorno. Cambió a los montoneros. Cambió al peronismo. Y cambió la historia. Si Perón hubiera vivido unos meses más, tal vez —sólo tal vez—, Montoneros podría haber llegado a un acuerdo con él: llegado el caso, todo acuerdo *siempre* era posible con Perón. Pero se murió. Y ya nada tuvo retorno.

Y lo que vino fue peor...

La capacidad de síntesis aunada a la belleza del relato, en ciertos casos en los cuales me identifico con su pensamiento, no me dejan otra alternativa que recurrir a Feinmann. Entonces, respecto de la muerte de Perón, Feinmann escribe⁶¹: *“Perón en el '73 no pudo controlar su ala dura. No era joven ni era bravucón. Quiso hacer el Pacto Social, pero Firmenich le mató a Rucci. Quería unir a los argentinos (“para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino”), pero lo sostenía a López Rega, que armaba la Triple A y ya en el '73 intenta asesinar a Hipólito Solari Yrigoyen. Quiere una economía para el mercado interno y lo llama a Gelbard, quien es, para la izquierda peronista, un burgués enemigo y para los milicos y los que darán el golpe del '76 un comunista subterráneo. Al final, incapaz de resolver todas las contradicciones que había desatado desde el exilio, se muere. Fue el 1° de julio de 1974, yo había llegado a Córdoba para dar una charla en la Facultad de Sociología y... Y esa noche un barman triste —tan triste y sombrío como estaba ese día este país— negó, basándose en la muerte de Perón, la mismísima existencia de Dios.*

⁶¹ José Pablo Feinmann, Página 12, 1° de julio de 2004.

hacer
dinero
interna

Y, como si fuera poco, eso que le dije al flaco que me llevó al Sussex en su Citroën destartado, resultó pavorosamente cierto: todo lo que vino después resultó peor".

El asesinato de Rucci: causas y circunstancias...

Están mis recuerdos: luego de treinta años, difusos, contradictorios, confusos por las sombras que sobre ellos echan los recuerdos más recientes. Y está mi subjetividad. Al margen de mis desmemorias y de mi subjetividad, varios compañeros que, en aquel tiempo, ocupaban niveles intermedios de conducción, aportaron informaciones para reconstruir los sucesos que rodearon el asesinato de Rucci.

De todos ellos, el más importante se relaciona con las contradicciones que existieron en el seno de la conducción nacional respecto del destino de Rucci. Las contradicciones eran de tal magnitud que la decisión final fue tomada por uno solo de los miembros de la conducción: Julio Roqué, sexto en la jerarquía de la misma y procedente de las FAR. No sé si la tomó en absoluta soledad. No lo creo. Si sé que Hobert, el miembro más relevante de la conducción para los cuadros de la Orga, se enteró de la muerte de Rucci por los medios de difusión.

En realidad, el asesinato de Rucci constituyó la forma de zanjar de una vez por todas las discusiones entre "movimientistas" y "militaristas" que, si bien siempre cruzaron la historia de las organizaciones armadas peronistas, se agudizaron a partir de la lucha electoral y la perspectiva de llegar al gobierno por una vía "pacífica". La muerte de Rucci agudizaría el enfrentamiento interno del peronismo pero, también, resolvería las contradicciones internas de la Organización en favor del sector "militarista".

De la existencia de tales contradicciones en los más altos niveles de la dirección montonera, da fe el propio Perdía. Cuenta que, después de la masacre de Ezeiza, él se reunió con Loren-

Roqué
&
Hobert

imp

La conducción
& Rucci

zo Miguel. Lorenzo explicó que el sindicalismo no había tenido nada que ver con la masacre: de hecho, sus militantes al igual que los nuestros, acudieron a recibir al General "armados" con palos, cadenas y algunos fierros cortos, sin otro ánimo de enfrentamiento más allá de los tumultos ocasionales que pudieran producirse debido al indeseado pero estrecho contacto al cual nos obligaba la movilización. A partir de este encuentro, entre Montoneros y sindicalistas, se integró una comisión no sólo destinada a prevenir potenciales enfrentamientos sino, además, para llegar a acuerdos políticos entre ambos sectores.

"Observo hoy", escribe Perdía, "que las fuerzas que empujaron hacia el desarrollo de la confrontación eran más poderosas que aquellas otras que, dentro de la confusión, buscábamos el acuerdo (...) Cada gesto conciliador del jefe metalúrgico se correspondía con reacciones altisonantes por un sector de su propio entorno. Cada intento nuestro por establecer puntos de acuerdo despertaba en muchos las sospechas de traición".

Cabe preguntarse, ¿"despertaba las sospechas de traición"... en muchos de quiénes? La respuesta es sencilla: en muchos de la conducción nacional y su entorno más íntimo ya que eran ellos, no sólo los protagonistas de las reuniones con el sindicalismo sino, además, los únicos que estaban enterados de su existencia.

Ahora, ¿quiénes eran y qué características tenían quienes integraban la conducción nacional en ese momento? En principio, eran ocho. De ellos, cuatro (Firmenich, Hobert, Perdía y Yager) provenían de Montoneros. Tres (Quieto, Roqué y Osatinsky), de FAR. Y, por último, Horacio Mendizabal, de Descamisados. Entonces, si nos atenemos a los antecedentes históricos y prácticas políticas de cada una de las organizaciones, podríamos inferir que, en el seno de la conducción, las ideas movimientistas tenían un peso de cinco sobre tres. En consecuencia, la opción de matar a Rucci tendría que haber sido rechazada por cinco votos negativos contra tres a favor. Sin embargo, ello no fue así. Porque tampoco era así —cinco a

tres— la correlación de fuerzas en la conducción. De sus miembros, con excepción de Yager a quien no recuerdo, conocí o tuve referencias directas de todos los demás.

De Firmenich ya hablamos: sufría de despecho, limitado en política, necio frente a la realidad y adoptaba como propio cualquier discurso nuevo que se adaptara a sus necesidades, a sus ambiciones. Perón, cuando se reunió con Hobert en 1972, estableció con él una relación íntima, cálida, casi filial. Una relación que excedió lo político e hizo que confiara en Montoneros, en su buen criterio, en su sensatez y en la adhesión a su estrategia. En cambio, cuando se reunió con Firmenich en 1973, sintió rechazo y lo desairó con sutileza. Digo: lo caló de entrada: "tengan cuidado con las ambiciones de quienes los dirigen", recomendó en una oportunidad a los *muchachos* de la Jotapé. Y, aún hoy, las características que percibió el Viejo respecto de la personalidad de Firmenich, las percibimos todos cada vez que el personaje abre la boca. Voto positivo. Rucci: cuatro a cuatro.

En relación a Perdía tengo la impresión de que es un buen tipo, e inteligente. Pero muy sensible a las presiones directas. De alguna manera, él mismo deja constancia al respecto: *"Nuestro espacio político estaba presionado por dos fenómenos confluyentes. Uno era la presión militar del PRT-ERP, con sus críticas y su accionar militar. Otro el de los grupos peronistas más duros como el peronismo de base, la revista Militancia y fracciones de la FAP. El efecto de este conjunto de influencias provocaba que toda posición que corriera el riesgo de ser tildada de 'moderada' fuera rápidamente descartada (...) en el marco señalado, obviamente influyeron las tendencias más militaristas y de mayor afinidad con la 'izquierda' provenientes de buena parte de los militantes encuadrados en las FAR"*⁶². Ay, las presiones... Abstención. Rucci: tres a cuatro.

De todos los descamisados que conocí, Mendizabal fue

⁶² Perdía, op. cit., pp. 180.

el único herrero: por encima de cualquier consideración política, él amaba los fierros. En términos políticos, por otra parte, tenía dificultad para manejarse en escenarios complejos como, por ejemplo, el que planteaba el movimientismo en 1973. Un escenario que exigía a sus actores desplazarse con la mayor de las sutilezas, tejer, destejer, rodear, avanzar, retroceder, ser pacientes y tragarse sapos, muchos sapos. Por lo tanto, Mendizabal tenía una particular afinidad con el simple y valiente discurso de las FAR. Y esto, como veremos más adelante, nadie me lo contó: lo sufrí en carne propia. Voto positivo: dos a cuatro.

De Yager no sé. Y Hobert estaba en contra, se dijo antes. Pero, en votos, Rucci ya había muerto. Recuerdo a Hobert, sensato y vueltero como pocos a la hora de imponer sus opiniones. Sin esfuerzo lo imagino dar vueltas para postergar una decisión a la cual él se oponía. Pero, mientras él daba vueltas, Roqué se instaló en un departamento de Floresta, Juan B. Justo 5781, a diez cuadras del domicilio de Rucci. Mientras Hobert daba vueltas, Roqué mandó traer al departamento las armas necesarias para el operativo: las llevó Gustavo Lafleur, camufladas como máquinas de coser Nitax y en un auto oficial del gobierno de la provincia de Buenos Aires. Mientras Hobert daba vueltas, Roqué convocó al equipo operativo, nueve compañeros, la mayoría FAR, un solo Desca, el gordo Fernando Saavedra. Pero el gordo se oponía al asesinato. Recuerden: antes del operativo se rompió un pie y "no pudo" participar. Y mientras Hobert daba vueltas, ahora en su auto, se enteró, por la radio se enteró, que Roqué había largado el operativo: asesinaron a Rucci, estalló la radio. Se enteró casi al mismo tiempo que el Canca Gullo quien hacía antesala en la casa de Gaspar Campos para reunirse con Perón. Alguien, un tal Esquerria, entró a la pieza donde el Canca esperaba y gritó: asesinaron a Rucci. En ese momento, el Canca pensó: lo mató la CIA. Hobert no: él supo, en el instante, que habíamos sido nosotros, y de nosotros quiénes habían sido. Y, tal vez, haya pensado que Roqué

era su discípulo. Discípulo perverso, en las antípodas de su pensamiento y de su carácter, de su sensatez. Discípulo, en todo caso, en lo vueltero de su maniobrar, en su metodología transgresora de consensos inconclusos, en su capacidad de decisión: ¿acaso Hobert no había hecho lo mismo cuando, para volcar a Montoneros hacia la salida electoral, tomó un pueblo en Santa Fe?

Ignoro, después del asesinato de Rucci, el contenido de las discusiones que se suscitaron en el seno de la conducción nacional. Pero sé que Hobert, secundado por el Canca Gullo, Perdía y, tal vez, también por Dardo Cabo, hicieron lo imposible por arreglar los tantos con el sindicalismo y con Perón⁶³. Sé que llegaron a un acuerdo con Lorenzo Miguel y que el Viejo se sentía predispuesto a conciliar. Y sé que, como hecho simbólico del potencial acuerdo, apostaron a la manifestación del 1° de mayo del '74. Pero, como tantas veces sucede en la historia de las revoluciones, los insensatos les ganaron de mano.

El asesinato de Rucci: otras voces...

Hace un tiempo bajé la copia de un mail —difundido por el Beto Salinas a través de su propio correo— que, al respecto de un par de entrevistas concedidas por la hija de Rucci, escribió un compañero cuyo nombre ignoro. Recuerdo también un documental sobre la muerte de Rucci filmado a fines del 2002 y difundido por Canal "a". En este documental fuimos entrevistados, por separado, el Barba Gutierrez y yo. El Barba —en su condición de dirigente de la Juventud Trabajadora Peronista en los '70 y en su condición de actual dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica— decía suponer que Rucci había sido asesinado por La CIA. Versión que estuvo en boga —aunque pocos la creyeron— en los meses posteriores al asesinato.

⁶³ Ver "Perón y la Guerra Sucia", Carlos Funes, Ed. Catálogos, 1996.

El compañero "anónimo" que escribió el mail —a su manera, con buen humor y sano criterio— mencionó la versión que atribuyó a la CIA el asesinato, relacionó a este último con varias de las circunstancias que motivaron el fracaso montonero y relató algunos sucesos políticos que, desmemoria mediante, yo había omitido. Me he tomado la libertad de transcribirlo en forma textual.

En los dos artículos originados en Claudia Rucci, el reportaje gráfico de Olga Wornatt y la entrevista múltiple radioteléfonica a cargo del coro de opas de Gómez Castañón, Claudia Rucci sorprende con su generosidad, que la lleva incluso a apoyar alguna falsedad circunstancial de la que por fuerza tiene que darse cuenta. Uno de los recuerdos más vívidos que me quedan del desconcierto de setiembre del '73 es el del Canca Gullo replicando, a un dirigente de la JUP que argumentaba que a Rucci lo debía haber matado la CIA:

—Habrás que formar comandos de apoyo a la CIA, entonces⁶⁴.

La muerte de Rucci fue decidida por la organización Montoneros. Esto es indiscutible. No podía llevar firma, porque aún faltaban dos largos años para el paso a la clandestinidad, pero es fácil escudarse en "yo no la decidí", (la mayoría de los integrantes de una organización compartimentada no suelen tener voto definitorio sobre ninguna acción en particular) y tampoco parece honesto discriminar "con esta no estuve de acuerdo". Fue un acto de la relevancia suficiente como para que un desacuerdo tajante se manifestara de otra manera que haciendo las valijas. Había efectivamente una discusión interna en marcha por las mismas fechas en que se ejecutó al Secretario General de la CGT, que comenzaba a fructificar en una disidencia "por derecha", movimientista, ortodoxa o como quiera calificársela, pero en cualquier caso dispersa. Esa acción específica

⁶⁴ Gullo aclara que jamás pronunció tal frase.

contribuyó a acelerar la partida de los que ya se iban, seguramente, pero ninguno de los miembros mencionados del Grupo Michelángelo estuvo entre ellos.

Los Montoneros se han hecho ya varias autocríticas generales y específicas, muchas más sin duda, que las que han hecho a su vez quienes siguen reclamándosela sin darse por enterados, pero no sobre este hecho en particular. Tampoco son autocríticas de conjunto, porque después de la referida a la primera contraofensiva, simplemente no existió ese quórum.

Más amplio que la autocrítica, aunque la incluya, un análisis profundo de las causas y circunstancias de esa muerte tan trágica creo yo como la de Dorrego (no por la estatura del muerto sino por la encrucijada histórica) surgido de quienes vieron pasar o participaron de, sino toda la película, al menos sus escenas centrales, sería algo muy provechoso de leer... y muy difícil de elaborar supongo. Esa debe ser la razón de que nunca se haya hecho sobre papel aunque sí, innumerables veces tãcitas, en la práctica. El Barba y muchos otros compañeros han cantado y cantan la marcha, pronunciado y pronuncian aún encendidas alocuciones bajo la atenta mirada del retrato del petiso (que me mira ahora mismo desde la oficina al lado de la que trabajo) y debatido en salones sindicales que una vez de cada dos se llaman Ignacio J. Rucci.

Tampoco es cierto que el metalúrgico fuera el niño mimado de Perón. En el momento de su muerte, Perón buscaba halagar de todos los modos posibles a la cúpula de la CGT porque era el único otro (además del gobierno mismo) sostén posible del pacto social de Gelbard. En materia de obsequios del poder, lo último que Rucci alcanzó a ver fue la superprogre Ley de Contrato de Trabajo, incluyendo paritarias generales para mediados del '75 (lo que implicaba salir del congelamiento salarial a plazo fijo, cualquiera fuera el estado de la economía). Lo próximo —que Rucci no alcanzó a ver— fue la de Asociaciones Profesionales; una ley que era la quinta esencia del

“garantismo” aplicado a las relaciones laborales, (también lo era para las conducciones estatuidas, por las dificultades que establecía para formar oposición; pero esto, que entonces nos pareció el aspecto principal, era solo el mastiquín para la cúpula de la CGT, a fin de que no sacara los pies del plato). A cambio de las pruebitas de amor, la CGT prometía contra-prestaciones que luego cumplía... siempre a medias, para quedarse con algo más que negociar y como ha hecho inveteradamente —gobierne quien gobierne— desde su fundación en 1930. Una vez Framini me dijo que se podía distinguir un viejo peronista de un ingenuo recién llegado en razón inversa a cuan acriticamente se tragara el cuento de la lealtad. La concepción sindical imperante en la Argentina desde la hegemonización del movimiento obrero bajo las banderas del “sindicalismo puro” en la década del '20 viene con un estricto orden de las lealtades incluido, y sin lugar para los problemas de conciencia: uno es leal básicamente a su propia organización, a la que considera un partido en sí misma. Solo en segundo lugar —muy lejos— a la Confederación. En un escrito mucho más largo podría verse como esta concepción es la madre, a la vez, de su preservación en el tiempo, de la facilidad con que el Coronel pudo juntarles las cabezas en su momento y de sus peores vicios “retardatarios”.

Estábamos en que Perón necesitaba acumularse a la CGT para respaldar el pacto social (Rucci, con los demás miembros de la conducción, jugaban el juego de mantener los conflictos potenciales en estado de hormigueo y de esforzarse para la claqué —para Perón— en fingir que sudaban la camiseta para mantener el helecho bien regado). Más allá de las leyes y medidas concretas, entre las actitudes ornamentales estuvo la decisión del general respecto a presenciar el único acto de su campaña a la presidencia el 31 de agosto, un “desfile” de todo el activismo disponible, unas 400.000 personas que tardaron tres horas en pasar, desde el balcón de la central obrera.

Debe recordarse: a) que el último encuentro de ese potencial masivo había sido Ezeiza, en junio, y había acabado en un número desconocido, probablemente próximo al centenar, de muertos; b) que la CGT participó colateralmente del comité de organización, y debía estar al tanto por lo menos de las líneas generales de la trampa tendida a la Tendencia, pero no participó centralmente ni fue la ejecutora de la masacre: tenía tropa para mostrar y la necesidad de reparar a los ojos de Perón su indolencia durante el luche y vuelve, por lo que básicamente fue a hacer una demostración de fuerza, salvando las diferencias entre estilos, lo mismo que nosotros. De modo que el grueso de su activismo no estaba con los tiradores del palco y la escuelita —lumpenaje del C de O, La CNU y la SIDE —sino abajo, con sus propias columnas.

Los montoneros no se esforzaron mucho en distinguir tirios de troyanos (a mediados de 1975, después de los paros del rodrigazo, los documentos internos seguían caracterizando un sector como brujuovandorista, lo que como injuria resultaría terrible pero no precisaba nada). La orga estaba empeñada en fortalecer su propio brazo sindical, y eso la llevaba a diferenciarse “por izquierda”, primero poniendo peros y poco más tarde denunciando el pacto social. Al tiempo, nos sentíamos desairados por la preferencia de Perón, sin unir lo uno con lo otro. A lo largo de su historia, Montoneros cometió un reiterado error: sobrevaloración para juzgamos en el centro de la escena política, acompañada de un “realismo” aplicado solo para evadir los deberes que ser el centro (o la vanguardia, en el lenguaje de época) impone. Si no hubiera sido por esa inclinación, la orga habría comprendido que en el papel de sostén que Perón demandaba solo podía cumplirlo el movimiento obrero institucionalizado.

El hecho es que los organizadores del desfile consiguieron que la tendencia —la mitad de los efectivos, en ese recuento —marchara al final, y convencieron a Perón de que se retirara “cansado” al llegar esa parte. Así que pasamos delante de un balcón

habitado por Isabel, López Rega, Lastiri, Otero, Miguel y Rucci, todos felices con el desaire del general, y las consignas “pacíficas” que nos habían inculcado se transformaron en rabia. Recuerdo —porque me hacía gracia, por el contraste entre lo sanguinario y las bocas con algún diente de leche que la cantaban —una de la UES, con la música del jingle de Odol:

**Que lindos que son tus dientes
le dijo Rucci a Perón;
Perón contestó sonriente
¡Ja,ja! Morirás como Vandor.**

(...) Y murió así nomás.

Pero a Perón no le cayó ni ahí como la muerte de Vandor, que le sacó un gran problema de encima; ésta se lo generó. Y a los trabajadores sindicalizados tampoco. En cambio Lopécito debe haber sonreído con aún más felicidad que veinte días atrás.

Es tan traumática ésta muerte que a treinta y pico de años la seguimos discutiendo en términos afectivos; no me consta que Perón haya querido especialmente a nadie, y mucho menos al petiso Rucci. Si uno quiere discutir flancos morales de la lucha armada, lo que debe ponerse en el centro es el cargo y no el hombre: ¿era lícito matar al Secretario General de la CGT mientras se discutían las porciones de poder de cada segmento social? La muerte de Rucci también coincidió casi exactamente con el punto récord de la participación de los asalariados en el PBI. (Fin del mail).

A pesar de que la militancia montonera, en las calles, coreaba: “Rucci traidor, saludos a Vandor”, lo cual era un reconocimiento implícito de la responsabilidad montonera acerca del asesinato, Montoneros a través de medios de comunicación propios y ajenos negó tajantemente su autoría. Inclusive, en 1997. Cirilo Perdía⁶⁵ escribió:

⁶⁵ Cirilo Perdía, “La otra historia, testimonio de un jefe montonero”, Editorial Agora, 1997.

“Las balas que segaron su vida pudieron haber partido desde diferentes trincheras. Pero la mayor parte de las miradas apuntaron hacia nosotros. Más allá de quien haya sido el ejecutor material de este hecho, nosotros pagamos su costo político (...) Desde todo punto de vista la muerte de Rucci favoreció el avance de las políticas opuestas a nosotros (...) La actividad paramilitar del Estado contra nosotros encontró una excusa para fortalecer su accionar””.

Más allá de las consideraciones políticas, resulta ilustrativo el cuestionamiento ético que hace Oscar Anzorena⁶⁶ a esta negativa:

“Este hecho establece un lugar de no retorno en las relaciones de Perón con los Montoneros. Esta metodología de apretar a Perón no sólo genera el efecto político contrario al esperado sino que franquea una frontera ética sustentada hasta ese momento por las organizaciones revolucionarias, ya que esta muerte al no ser asumida políticamente adquiere más características de asesinato mafioso que de ajusticiamiento revolucionario”.

También Juan Gelman critica el asesinato de Rucci, en términos políticos pero desde una visión de izquierda la cual, retrospectivamente, podríamos definir como cercana a la del Peronismo de Base. Gelman⁶⁷ dice:

“Lo de Rucci no se hizo para despertar la conciencia obrera: se hizo en la concepción de tirarle un cadáver a Perón sobre la mesa, para que equilibrase su juego político entre la derecha y la izquierda. Atención a esto. Lo que quiero decir es que eso no formó parte de una concepción política con relación a las masas, sino de una estrategia cupular: hay concepciones políticas con relación a la masa que, por cierto, conducen al acto equivocado. Pero no es el caso de la muerte de Rucci,

⁶⁶ Oscar Anzorena. “Tiempos de violencia y utopía”. Ediciones del pensamiento nacional. 1998.

⁶⁷ Juan Gelman. Los textos corresponden a dos reportajes, uno de “Contrapunto” (1988) y otro de “Caras y Caretas” (1983) y fueron tomados de Anzorena, op. cit.

que no partió de ninguna concepción política de trabajo con la masa y, en verdad, sólo fue una jugada que nada tuvo que ver con la forma acertada de plantear la lucha”, y agrega que no se pensó en la clase obrera: “el asunto era trabajar estrechamente con las masas ya que de ellas dependía el cambio de política y de programas”.

Por su parte, Dante Gullo considera que *“el tema Rucci está sobredimensionado, es un tema que hay que considerar y comprender en función de la dialéctica que caracterizó al peronismo: no hay un antes y un después de la muerte de Rucci; de hecho, dos o tres días después de la muerte de Rucci, yo participo en una reunión realizada en la CGT, en la cual coordinamos el acto del 12 de octubre por la asunción de Perón. La muerte de Rucci no determinó un parate en nuestra relación con los sectores gremiales. Por el contrario: Lorenzo Miguel planteó la posibilidad de realizar, gremio por gremio, un estudio de la organización obrera e incorporar la Juventud Trabajadora Peronista a la misma. Lo que tuvo un antes y un después fue la muerte de Perón, para nosotros y para todos”*.

Por mi parte, creo que hay que considerar el asesinato de Rucci y el enfrentamiento con Perón también y, por cierto, no en un segundo lugar, en relación a la realidad, al pensamiento del pueblo, a la conciencia de los logros obtenidos como tal y su sensación de bienestar: tal como afirmó en su mail el compañero anónimo, se había llegado al record de la participación del salario en el PBI. Esto es, que la clase obrera, la “masa” según Gelman, pasaba por un momento de bonanza económica. Bonanza capitalista, pero bonanza al fin y al cabo. En lo que hacía a su bolsillo, los obreros en particular, y los asalariados en general, no tenían reproches para Rucci. Nada más lejos de la clase obrera que el asesinato de Rucci, al menos en términos coyunturales aunque yo creo que también en términos estratégicos.

punto aparte, vomitado en palabras de Darío Gallo⁶⁸, a quien debo el impulso inicial para escribirlo—, envié copias a unos pocos compañeros. Necesitaba aportes, opiniones, recuerdos y, sobre todo, ánimo para persistir en el empeño: escribir esta historia, significa revivirla. Y ello tiene sus costos. Entre los cuales, no es uno menor el miedo a equivocarte. A encubrir las desmemorias con macaneos. Tentación siempre presente cuando quien escribe no es un ensayista ajeno a los hechos sino apenas un narrador que los protagonizó y tiene su cuota de responsabilidad al respecto.

Una de las copias se la mandé por correo electrónico al Beto Salinas⁶⁹ —compañero, amigo y uno de los mejores periodistas de investigación— quien, desde su dirección electrónica, se tomó la libertad de reenviar mi mail a otros compañeros y, después, remitir sus respuestas a mi correo. Una de ellas fue la de Jorge cuyo único dato de filiación que poseo, aparte de su nombre de pila, es que vive en Jujuy. Transcribo en forma textual sus comentarios.

“(Amorín) Está emperrado en darle con un ‘caño’ a la gente de la erre. Describe bien algunos de sus ‘sesgos’ conceptuales, pero se le va la mano, a mi juicio, en la responsabilidad que les endilga. ‘Carga’ mucho, además, la historia. La acota con esa insistencia, le quita volumen.

A mi juicio, no se llegó a lo que se llegó por una ‘guevarización’ transmitida por una suerte de ósmosis desde los fariseos hacia los de otras procedencias. Conocí, hacia el 74, compañeros de la erre que estaban aterrados por el ‘giro’ de los acontecimientos. No les gustaba un carajo.

Creo que primó el principismo católico: el ‘duro, duro, duro’, el reduccionismo de visión que el mismo Amorín resalta

⁶⁸ Darío Gallo es periodista de investigación y secretario de redacción de la Revista “Noticias”. Co-autor del libro “El Coti”.

⁶⁹ Salinas es autor de los libros “AMIA: el atentado” y “Ultramar al Sur”. Su investigación acerca del atentado a la AMIA, escrita pocos años después de los hechos, resultó ser la más aproximada a la verdad de lo ocurrido

muy bien en otros pasajes. Tengamos en cuenta que cuando la crisis interna drenó cuadros de ‘peso’ desde fines del 73 hasta el 74 (pongo esto como el período de mayor masividad de disidencia, no porque fuera el único), hubo compañeros que quedaron ‘pegados’ mas que por convicción conceptual por el peso de su propia historia. Tipos como Dardo Cabo, por ejemplo, o el Negro Carlos, o tantos otros.

Por otra parte, ante los giros de esa historia, te encontrabas coincidiendo o disintiendo con compañeros de la más diversa procedencia. Y con compañeros de la más diversa procedencia se intentó después reconstruir un espacio⁷⁰ que el tiempo demostró estaba definitivamente perdido.

El ‘vacío’ que quedó cuando el grueso de los cuadros político-militares con fuerte experiencia en laburos territoriales o gremiales se retiró, no se llenó con gente de las Far. Se llenó con los pibes que venían de esos mismos frentes. Venían con el embele de los fierros, seducidos por el todavía enorme prestigio del fenómeno montonero. No supieron ver, o no pudieron, que lo que veían brillar era, en realidad, la luz de una estrella que ya no estaba, que había sido. Que lo que venía era la caída y en picada.

Perón no ayudó a resolver este quilombo. Mas bien ‘embarró’ (y mucho) la cancha. Y lo hizo porque se equivocó. Pretendió darle a los montos el mismo tratamiento que él utilizaba históricamente en el movimiento: la ley del péndulo. Eso mirando con benevolencia. Y no; montoneros (como fenómeno) no era una facción mas: era el eje de la posibilidad de recambio.

⁷⁰ Supongo que Jorge se refiere al intento de organizar “Lealtad”, tanto como organización de cuadros como frente de masas (Juventud Peronista Lealtad). El intento fue desastroso, y su fracaso se debió, tal como afirma Jorge, porque —después de la muerte de Perón— había dejado de existir el espacio político para luchar por un cambio en las relaciones de poder en el contexto de un movimiento peronista hegemonizado por la derecha delincinencial en primer término y, posterior aunque efímeramente, por el sindicalismo.

No quito, desde luego, valor ni volumen a lo que fué decisivo: la pérdida de la pelea interna en la organización por parte de criterios sensatos, lógicos y de sentido común. Pacifistas, en una palabra. Pero creo que no se puede dejar de señalar que el guacho del viejo no facilitó nada. Y hay que señalarlo porque es un dato objetivo, no un quite o carga de responsabilidades. Las acciones (aprietes) de Perón eran "funcionales" a la línea de pensamiento de la conducción. A que se impusiera hacia 'adentro': a eso me refiero.

Tal vez fuera bueno, pero solo en el contexto de explicar los criterios que se impusieron porque puede dar pie a mucho puterío, 'tocar' la política de los autoatentados. Para mí, esto se vincula muy fuertemente con el punto anterior: No fué la 'ideología' lo que determinó el rumbo en aquella etapa. Lo determinante fué una 'actitud'. Y el mismo Amorín lo dice después.

Amorín, finalmente, tiene una mirada políticamente lúcida sobre esta historia que pretende contar: la cuenta desde un buen lugar. Es mi primera impresión, aún con los 'peros' que comentaba al principio. Y es interesante el intento".

Carlos Flaskamp⁷¹ coincide con las críticas que Jorge me hace en relación a la responsabilidad de las FAR en el proceso de "transmutación" de la Fe montonera:

"Notablemente, esta caída en el dogmatismo de izquierda no fué un aporte de la organización FAR a la fusión. Después hubo quienes atribuyeran la radicalización de Montoneros en dirección a un ideologismo marxista, con su consiguiente alejamiento del peronismo, a la influencia de la gente proveniente del afluente R, por sus orígenes de izquierda. Se trata de un error, proveniente de analizar las corrientes estáticamente y no en su evolución ideológica. La gente de FAR estaba en un proceso creciente y conse-

⁷¹ Carlos Flaskamp, "Organizaciones político-militares"...

cuenta de identificación con el peronismo. El concepto leninista de partido fue también ajeno para ellos que lo habían descartado en la etapa anterior en beneficio de la OPM. Fue del núcleo católico nacionalista de donde brotó la presión hacia el leninismo".

Ni Jorge ni Carlos explican el porqué del rol que le atribuyen a los católicos en la radicalización de Montoneros. A no ser que tomen a Firmenich —contradicciones personales e ideológicas incluidas— como el paradigma de una corriente interna montonera, integrada por los cuadros de origen católico. En todo caso, es parte de un debate y de una investigación histórica pendientes. Sí considero como un elemento importante para el análisis, el deseo de "los pibes que venían con el embale de los fierros" (Jorge). Esto es: con el mito y la mística de la lucha armada montonera previa a 1973, experiencia romántica que ellos no habían vivido. Es más: si yo en 1973 hubiera tenido diecisiete años, con los afanes de heroicas aventuras que a esa edad tenía, no me cabe la menor duda, me habría integrado a Montoneros, con orgullo y pasión. Hasta las últimas consecuencias.

Al respecto, Carlos escribe: "El rol de la base radicalizada pasó a ser crecientemente asumido por el sector estudiantil, que había alcanzado también un notable desarrollo, organizado en la JUP y también en la UES. En sus filas se manifestaban con fuerza la confianza acrítica en el rumbo seguido por la conducción y el convencimiento de que una mayor radicalización se identificaba siempre con un más auténtico compromiso revolucionario. La conducción nacional tendió a apoyarse en este sector cuando profundizó su desplazamiento hacia posiciones vanguardistas. Esta evolución tuvo lugar en el terreno de las definiciones políticas concretas, pero también fue acompañado por una identificación creciente con los principios teóricos del marxismo (...) Es que en el sector universitario era donde la Conducción Nacional encontraba un apoyo incondicional para acciones

*ultraradicales que otros sectores de la organización tomaban con muchas reservas*⁷².

Esta transmutación montonera, y los errores políticos consiguientes, son reconocidos por Perdía. Pero exime de responsabilidades a la conducción (increíble) cuando escribe:

“... habían quedado modificadas las condiciones que facilitaban y permitían el ascenso en la lucha de masas. Sin embargo, algunos sectores, sobre todo la juventud y —dentro de ella el sindicalismo más joven—, se fueron radicalizando y creciendo en su organización y exigencias. Por el contrario, otros fueron más cautos. El saldo final es que nosotros fuimos quedando —progresivamente— acotados a la defensa, organización y representación de los sectores más dinámicos y cada día más radicalizados. Pero ahora en creciente oposición al resto del movimiento. Antes también representábamos lo mismo, pero con el apoyo y simpatía del conjunto. Ahora ya no era así (...) Por otro lado la Organización, que había servido para darle una respuesta más estructurada e integral a la dispersa lucha del pueblo contra la dictadura militar, ahora comenzaba a cerrarse sobre sí misma. Ello obstaculizaba la percepción de las demandas de ese mismo pueblo y disminuía nuestra sensibilidad hacia él”. Más adelante, Perdía afirma que, en tal contexto, “la Unión de Estudiantes Secundarios se convirtió en una cantera de cuadros”.

Adolescentes, con muchas ganas de cambiar el mundo, plenos de fantasías revolucionarias, ansiosos por emular y aún superar a sus compañeros mayores, a sus próceres muertos en combate —recordemos el artículo publicado en “La Causa Peronista” de agosto del ’74, en el cual se “acomoda” la historia del Negro para reconstruir un héroe de características “idílicas” o, lo que es lo mismo, despojado de su condición humana—, ilusio-

⁷² Carlos Flaskamp, “Organizaciones político-militares”, Ediciones Nuevos Tiempos, págs. 136 y 167.

nados, encandilados por los delirios de mis “modelos”, alucinados... Reitero: si en el ’74 yo hubiera tenido quince o dieciseis o diecisiete o dieciocho años, con el redoble de las campanas de Henmiguay en mis oídos, hubiera sido uno de ellos.

Si Firmenich se hubiera dedicado a tocar la flauta...

Dice Firmenich respecto del trágico destino de muchos pibes alucinados:

“... yo era una especie de flautista de Hamelin ideológico y los demás eran ratas que seguían a la flauta y se suicidaron. Esto es absurdo e injusto para con nuestros muertos. Una organización clandestina debe contar con el consenso explícito de sus militantes, minuto a minuto. No hay nada más fácil que desertar de una organización clandestina (...) La estrategia nuestra no era salvar gente”.

Sí Pepe. Y no Pepe.

Sí eras un flautista de Hamelin: para esos pibes que vos confundís con ratas, eras el fundador de los Montos, el ejecutor de Aramburu, el “modelo” a seguir, precisamente, a seguir. Y eran pibes. Pibes que ni siquiera tenían nuestra edad cuando empezamos a los balazos. Sin tomar en cuenta, Pepe, que cuando nosotros empezamos a los balazos, teníamos un apoyo popular incondicional y, por más que las fuerzas de seguridad tirasen de los “hilitos”, no había forma de identificarnos. En cambio, estos pibes, como producto del abierto desarrollo de los frentes de masas y su posterior desamparo con el pase a la clandestinidad, eran conocidos. Y, si alguno no era “conocido”, siempre había “alguien” que lo conocía: la cana tiraba de los hilitos, y salían los enanitos.

Y no Pepe, el consenso no existe si no hay posturas diferentes y debate. Y debate no existió porque, tal como afirma